

Militärgeschichte

Zeitschrift für historische Bildung

Historia Militar

Revista de educación histórica



Historia militar en imagen: Peter Becker en «Stauffenberg – la historia verdadera»

Resistencia y atentado: el 20 de julio de 1944

La paz, ¿por fin? El Tratado de Versalles, 1919

Trabajo forzado y explotación: el imperio económico nazi

¿Guerra en miniatura? El deporte y las fuerzas armadas

La caída del Muro de Berlín en 1989



ZMS BW

Zentrum für Militärgeschichte und
Sozialwissenschaften der Bundeswehr
Bundeswehr Center of Military History
and Social Sciences

Contenido

Militärgeschichte

Zeitschrift für historische Bildung

Historia Militar

Revista de educación histórica

Editada por

Centro de Historia Militar y Ciencias Sociales de la Bundeswehr (ZMSBw)

Responsables según la ley de prensa:

Capitán de navío Dr. Jörg Hillmann y

Coronel Dr. Frank Hagemann

Coordinación de esta edición especial:

Dr. Christian Adam

Traducción y corrección:

Centro Federal de Idiomas

Redacción:

Cornelia Grosse M.A. (cg)

Oberleutnant Helene Heldt M.A. (hh)

Major Chris Helmecke M.A. (ch)

Fregattenkapitän Dr. Christian Jentsch (cj)

Oberstleutnant Dr. Harald Potempa (hp)

Oberstleutnant Dr. Klaus Storkmann (ks)

Reportero gráfico: Esther Geiger

Lectorado de los textos originales:

Dr. Aleksandar-S. Vuletić

Cartografía: Dipl.-Ing. Bernd Nogli

Maquetación: Carola Klinke

Dirección de la redacción:

Redaktion »Militärgeschichte«

Zentrum für Militärgeschichte und

Sozialwissenschaften der Bundeswehr

Postfach 60 11 22, 14411 Potsdam, Alemania

E-Mail: ZMSBwRedaktionMilGeschichte@

bundeswehr.org

Homepage: www.zmsbw.de

El 20 de julio de 1944 en su dimensión militar



4

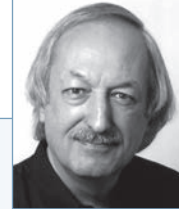
La Resistencia y el final de la guerra en el Oeste

Coronel (r) Prof. Dr. **Winfried Heinemann**, nacido en Dortmund en 1956, fue historiador en el ZMSBw hasta 2018; ahora es profesor honorario de Historia Moderna en la Universidad Técnica de Brandeburgo en Cottbus-Senftenberg.

10

El imperio económico de los campos de concentración Trabajo forzado para la «victoria final»

Dr. habil. **Hermann Kaienburg**, nacido en Kapellen (Moers) en 1950, historiador jubilado; su enfoque investigador: el nacionalsocialismo.



14

Tratado de Versalles ¿Hipoteca para el futuro?

Prof. Dr. **Michael Epkenhans**, nacido en Rheda-Wiedenbrück en 1955, secretario ejecutivo y segundo jefe, así como científico jefe del ZMSBw.



20

«Hasta el deporte es una lucha, una guerra en miniatura...» El deporte y las Fuerzas Armadas, desde la Antigüedad hasta hoy

Dr. **Peter Tauber**, nacido en Francfort/Meno en 1974, Secretario de Estado parlamentario ante la Ministra Federal de Defensa.



Tobias Koch

26

El deporte adaptado Entre rehabilitación e Invictus Games

Dr. **Berno Bahro**, nacido en Eisenhüttenstadt en 1977, investigador científico de la cátedra de Ciencias de Entrenamiento y Movimiento Humano de la Universidad de Potsdam.



32

«¡Las puertas del Muro están abiertas de par en par!»

La caída del Muro el 9 de noviembre de 1989

Dr. **Tim Geiger**, nacido en Esslingen/Neckar en 1972, investigador científico del Instituto de Historia Contemporánea, Múnich-Berlín, sucursal en el Ministerio de Relaciones Exteriores.



36

«Una historia que ya conocemos de sobra...»

El 20 de julio de 1944 en el cine

Jan Kindler, nacido en 1967, jefe del departamento Programas Científicos y Cinemateca del Museo de Historia Militar de la Bundeswehr, Dresden.



39

© 2020 de todos los artículos publicados en esta edición:

Zentrum für Militärgeschichte und Sozialwissenschaften der Bundeswehr (ZMSBw)

Imprime:

Druckhaus Plagge GmbH, Meppen, Alemania

Bienvenidos

Queridas lectoras, queridos lectores:



La persona en la portada de esta revista no es el Coronel alemán Claus Schenk Graf von Stauffenberg, que en 1944 intentó matar a Adolf Hitler con una bomba y poner fin a la Segunda Guerra Mundial y la dictadura nazi. Tampoco se trata de Tom Cruise, que interpretó el papel de Stauffenberg en la película «Valkiria» del año 2009 (título original: «Valkyrie»), sino un actor de gran parecido con Stauffenberg, de una producción de la televisión alemana. Gracias al papel de Tom Cruise, la figura del Coronel Stauffenberg se hizo famosa en todas partes del mundo. Mientras tanto, en Alemania

ya lo conocía prácticamente todo el mundo desde el final de la Segunda Guerra Mundial, por su intento de atentar contra Hitler el 20 de julio de 1944. Lo que ciertamente ha cambiado a lo largo de las últimas décadas es la interpretación que se da a Stauffenberg y el atentado. Aunque la gente no quiera recordarlo hoy, en los primeros años siguientes a la guerra, y en parte incluso hasta principios de los años 1960, el Coronel y sus confabuladores fueron considerados por buena parte de los antiguos militares de la Wehrmacht como «traidores». Hoy día, existe unanimidad en la opinión pública y la interpretación histórica sobre el paso extraordinario, valiente y acertado que Stauffenberg y los otros conspiradores del 20 de julio de 1944 dieron con el fin de terminar la guerra y la dictadura. Para ello, hicieron el mayor sacrificio concebible: dieron su vida.

Aún en la noche del 20 de julio de 1944, el Coronel Stauffenberg, el General Friedrich Olbricht, el Coronel Albrecht Ritter Mertz von Quirnheim y el Teniente Werner von Haeften fueron fusilados por un pelotón de ejecución. Fallecieron en el patio del Cuartel General del Ejército de Reserva, que hoy es la sede del Ministerio Federal de Defensa en Berlín. Con su intento de golpe, dieron una fuerte señal de resistencia contra el despotismo y la tiranía. Es por ello que el Coronel Stauffenberg, sus colaboradores y sus actos han llegado a ser modelo y fuente de tradición para las Fuerzas Armadas de Alemania. Nos recuerdan nuestro deber de luchar con valentía por el derecho y la libertad. Lo anterior ha sido buen motivo para mí, en mi condición de Jefe del Centro de Historia Militar y Ciencias Sociales de la Bundeswehr, para seleccionar para esta edición en lengua española de la revista «Militärgeschichte» varios artículos en torno a esa fecha de tanta transcendencia para la historia alemana. Por primera vez desde que se fundó esta revista, he encargado una versión española de la revista para familiarizarles a ustedes, militares de las Fuerzas Armadas de América Central, Suramérica y España, con diversos aspectos de la historia militar alemana. La edición alemana se dirige, en primer lugar, a soldados jóvenes de tropa y marinería, suboficiales, cadetes y oficiales de la Bundeswehr, pero también a cualquiera que se interese por la historia militar, aunque no pertenezca a las Fuerzas Armadas. Espero que la edición española que tienen en sus manos encuentre a sus lectores.

Les deseo que disfruten con la lectura y que ésta les sirva para ofrecerles nuevos conocimientos. Si les ha gustado la presente edición, les propongo que la recomienden a sus compañeros, o bien, la compartan con ellos.

Les saluda cordialmente desde Alemania

Dr. Jörg Hillmann,
Capitán de navío,
Jefe del Centro de Historia Militar y Ciencias Sociales de la Bundeswehr

Historia militar en imagen

El 20 de julio de
1944 en el cine

39



Peter Becker en su papel del Coronel DEM Claus Schenk Conde von Stauffenberg, en la producción de la cadena de televisión ZDF: «Stauffenberg – la historia verdadera» (2009)

Poco antes de estrenarse en Alemania, el 22 de enero de 2009, la película «Operación Valquiria», la cadena televisiva alemana ZDF presentó un docudrama de dos capítulos de 45 minutos cada uno, del taller de producción de Guido Knopp, historiador jefe de la cadena. Se trataba de una biografía bien investigada, con especial énfasis en la evolución personal de Stauffenberg. Sin embargo, la supuesta objetividad que el pretencioso título sugiere sufrió por el excesivo sentimentalismo de algunas escenas con un protagonista demasiado rígido. El nexo de unión entre ambas producciones es su postura positiva hacia Stauffenberg, cuyo acto sigue dándonos hasta la actualidad, «motivo para infundir un orgullo silencioso». Tal y como llegó a afirmar Knopp, y con razón, «si hoy día respiramos con más libertad, es por él.»

Jan Kindler

Foto: Picture-alliance/PHOENIX_ZDF_Oliver_Halmburger



El 20 de julio de 1944 en su dimensión militar

▲ Busto de bronce del coronel Claus Schenk Conde de Stauffenberg, protagonista del atentado del 20 de julio de 1944, en el Centro Conmemorativo de la Resistencia Alemana, en Berlín, el 8 de julio de 2014. En el 70 aniversario del atentado contra Hitler, la renovada exposición permanente del museo se presenta con un nuevo concepto.

El 1 de julio de 2014, la canciller alemana Angela Merkel inauguró la renovada exposición permanente del Centro Conmemorativo de la Resistencia Alemana, rindiendo tributo a la resistencia en el «Tercer Reich» en toda su amplitud y diversidad. De entre los homenajeados también recordó a los militares conspiradores en el atentado contra Hitler: «Estamos a pocos pasos del patio donde fusilaron a Claus Schenk Conde de Stauffenberg, Friedrich Olbricht, Mertz von Quirnheim y Werner von Haeften». Luego pasó a hablar de Henning von Tresckow. Lo que a primera vista nos podría pasar desapercibido es el hecho de que la canciller no llamó a ninguno de los militares participantes en la conspiración por su rango militar. Parece que el recuerdo a la resistencia contra Hitler y su guerra ha sido desmilitarizado. ¿Es algo que se justifica? En 1984, el Centro de Estudios de Historia Militar organizó la exposición itinerante «La Rebelión de la Conciencia», que a lo largo de más de veinte años se exhibió en los cuarteles de las fuerzas armadas alemanas, así como en otros lugares de ac-

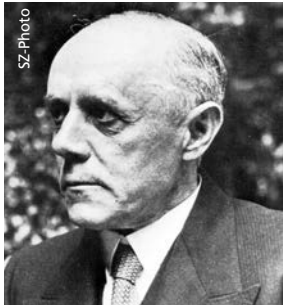
ceso al público interesado. ¿Es verdad que la oposición total de los oficiales realmente fue solo eso? ¿Una «rebelión de la conciencia»? ¿O también podría considerarse una «rebelión militar»?

A nosotros que vivimos en la actualidad alemana, la idea de que nuestras fuerzas armadas puedan hacerse con el poder interno se ha vuelto absurda. Sin embargo, ¿fue igual de absurda en el año 1944? ¿Existía, acaso, una tradición de empleo de las fuerzas armadas en el interior? Hasta el día de hoy, el intento de golpe de entonces casi nunca ha sido estudiado en su dimensión militar. Es este aspecto poco conocido en el que se va a centrar el presente artículo. Al final de éste, se va a abordar el tema de los efectos que la resistencia antinazi tuvo sobre las fuerzas armadas de la República Federal de Alemania y el Ejército Popular Nacional de la República Democrática Alemana.

Reichswehr y Resistencia

Los mayores entre los militares que participaron en la conspiración todavía habían servido en el Ejército Imperial.

Este era el caso, por ejemplo, del Coronel General Ludwig Beck, el que pocos años antes había sido jefe del Estado Mayor General de la *Wehrmacht* y que ahora fue elegido para desempeñar, en el futuro gobierno, la función de jefe de Estado. Había ascendido a oficial aún en el siglo XIX, en 1898. El general de Infantería Friedrich Olbricht ingresó en un regimiento de Sajonia en 1907 – el año en el que nació Stauffenberg. El mismo Claus Schenk, Conde de Stauffenberg, el cabecilla del plan de golpe, se alistó en el ejército en 1926. A diferencia de él, Henning von Tresckow, que más tarde iba a ser ascendido a General de División, se había alistado como voluntario en 1917 y fue ascendido a teniente durante la Primera Guerra Mundial. Todos ellos contaban con experiencia en la *Reichswehr*, las fuerzas armadas de la República de Weimar. Incluso los pocos jóvenes entre los oficiales, como por ejemplo Ewald-Heinrich von Kleist, nacido en 1922 y alistado tan solo en 1941, provenían en su gran mayoría de familias herederas de largas tradiciones, con una riqueza de experiencias adquiridas ya



▲ Coronel General Ludwig Beck



▲ General de División Henning von Tresckow



▲ General de Infantería Friedrich Olbricht

mucho antes de la «toma del poder» en 1933.

En 1920, fracasó el golpe de Estado de Kapp de los militares contra la República de Weimar por la resistencia de los trabajadores, que con una huelga general forzaron la retirada de los militares. Fue ese fallido intento que servía como lección para los conspiradores cuando hicieron sus planes de sublevación durante la guerra. Así, el Coronel General en retiro Kurt von Hammerstein-Equord, que a partir de 1933 fue enemigo declarado del régimen nazi, les avisó, ya en su lecho de muerte en 1943: «No vayáis a dar un golpe de estado como el de Kapp.» Pero incluso después de 1920, hubo varias situaciones durante los años de la República de Weimar donde la *Reichswehr* asumió el poder ejecutivo en el interior.

En una de ellas, en noviembre de 1923, conforme al artículo 48 de la Constitución de la República, que regulaba la adopción de medidas de emergencia, el presidente del Reich Friedrich Ebert transfirió el poder ejecutivo al jefe del Alto Mando del Ejército, el General de Infantería Hans von Seeckt, encargando al Ejército con reprimir el golpe de Estado de Hitler y Ludendorff llevado a cabo en Múnich.

Una vez cumplida la misión, el General Seeckt no tardó en devolver sin más los poderes extraordinarios que le habían sido conferidos. En aquel entonces, fue algo que no se daba por sentado, puesto que algunos oficiales de la *Reichswehr* de talante antidemocrático habían presionado al General Seeckt para que aprovechara la ocasión para hacerse con el poder y terminar de una vez con el impopular gobierno de la República.

En el otoño de 1932, el Ejército estudió seriamente la opción de ofrecer al sucesor del presidente de la República Ebert, el Mariscal de campo Paul von Hindenburg, una dictadura militar temporal como alternativa a una dictadura nazi. Este «Plan de Ott», que consistía en un juego de ensayo y error, fue presentado en una reunión ultrasecreta en el ministerio de Defensa del Reich, en los días 25 y 26 de noviembre de 1932. Los militares encargaron a Carl Schmitt, especialista en Derecho Público y amigo del capitán Hans Speidel, que servía en el Estado Mayor General de la *Reichswehr*, con estudiar las opciones legales existentes. Fue por entonces que Schmitt desarrolló su concepto según el que «soberano es quien decide sobre el estado de excepción». Concluyó que varios comandantes de

la *Reichswehr* de la región de Berlín no estaban lo suficientemente dispuestos a tomar parte en un golpe militar que la mayoría de la población rechazaría. Entre ellos se contaban el futuro mariscal de campo Ernst Busch, en aquel momento jefe del Regimiento de Infantería nº 9, el Capitán Friedrich Fromm, así como el Teniente Coronel Erich Hoepfner, jefe del Regimiento de Caballería nº 4 en Potsdam. El Ejército de entonces, que contaba con solo 100.000 militares, no habría estado en condiciones de afrontar con éxito una contienda con los nacionalsocialistas y al mismo tiempo una posible huelga general dirigida por el partido socialdemócrata SPD y el partido comunista KPD. También había que tener en cuenta que la debilidad interna del Reich era propensa a provocar una amenaza externa. Ante ese escenario, el Presidente del Reich von Hindenburg no se mostró dispuesto a violar la Constitución.

Debate en torno a la «guerra del futuro»

En la *Reichswehr*, al igual que en las fuerzas armadas francesas, había un debate permanente en torno a la «guerra del futuro», que tuvo su origen en la pregunta de por qué perdió Alemania la Primera Guerra Mundial. ¿Fue a causa de la superioridad tecnológica e industrial de los Aliados? ¿Fue por la «puñalada por la espalda», la falta de apoyo en el «frente doméstico»? En opinión de los militares, la respuesta a esa pregunta era clave para poder elaborar una concepción adecuada del «ejército del futuro». ¿Iba a ser la *Reichswehr* un «ejército de cuadros de mando», de reducido tamaño, elitista y altamente mecanizado? O, por el contrario, ¿era tiempo para iniciar los preparativos para levantar un «ejército de masas», a pesar de las limitaciones de tamaño impuestas por el Tratado de Versalles? El concepto priorizado por el General Seeckt apuntaba hacia un «ejército de cuadros de mando», elitista y en gran parte aislado de la política e incluso de la sociedad, algo que la expresión de «Estado dentro del Estado» no logra reflejar en su totalidad. El defensor más conocido del concepto del ejército de masas, entre cuyos objetivos figuraba la

◀ Mussolini y Hitler visitan la destruida sala de conferencias en el cuartel general del Führer, el 20 de julio de 1944.



akg-images

«Como consecuencia de esta actitud 'apolítica' de los soldados, cierta parte de la oficialidad no se siente nada comprometida con el Reich nacional-socialista y con el Führer [...]

Su lealtad a Adolf Hitler no es más profunda que la que tenían a Ebert [...]

El ejército, según ellos, es un conjunto que se rige por sus propias leyes. El aislamiento intencionado de la vida política se manifestaba en que incluso fuera del servicio, los militares solo se relacionaron 'entre ellos' y en que la camaradería y las relaciones sociales y familiares estaban reducidas al mundo de la oficialidad [...]

Este cuerpo encerrado en sí mismo, que quería ser 'apolítico' a cualquier precio, se oponía a cualquier influencia política desde afuera.»

Extracto de un informe de la Gestapo, luego del 20 de julio de 1944

educación de la población entera, fue el Teniente Coronel Joachim von Stülpnagel (no confundir con el General Carl-Heinrich von Stülpnagel, que más tarde iba a ser asesinado en la resistencia contra el régimen).

Como es sabido, Hitler y los nacional-socialistas favorecían una revisión del Tratado de Versalles. Rechazaban la idea de la *Reichswehr* como «ejército de mercenarios» y pensaban convertir las «SA», su milicia callejera, en el núcleo de un nuevo «ejército popular»; la ideología nacional-socialista apoyaba el concepto de una «guerra total» sin límites. A partir de 1930, a medida que Hitler iba acercándose a grupos conservadores y también a la industria pesada, abandonando de momento sus ambiciones revolucionarias, aumentó su popularidad al menos entre los oficiales jóvenes de la *Reichswehr*. Fue sintomático de este proceso el juicio por alta traición que enfrentaron tres oficiales del Regimiento de Artillería de Ulm, cuyo comandante era el entonces coronel Ludwig Beck.

Los militares pudieron discutir abiertamente la guerra del futuro en los medios profesionales de la *Reichswehr* sin tener que temer represalias de tipo profesional. El semanario *Das Militärwochenblatt* y las demás revistas militares publicaban artículos relacionados con ese tema, objeto de debates controversiales en los casinos militares. La *Reichswehr*, aislada del resto de la sociedad y

supuestamente apolítica, resultaba ser un espacio de comunicación protegido, que iba a permitir la libre expresión de opiniones aún durante mucho tiempo. Esto también explica por qué, quince años más tarde, los oficiales de los regimientos «tradicionales», como p. ej. del Regimiento de Infantería n° 9 de Potsdam o del Regimiento de Caballería n° 17 de Bamberg pudiesen comunicar tan abiertamente, preparar y planear un golpe de Estado, sin que la policía secreta (Gestapo) tuviera conocimiento de ello.

Después del 20 de julio de 1944, los agentes de la Gestapo no se cansaron de llamar a los oficiales que participaron en el intento de golpe «representantes típicos del 'Sistema'» que, tan apolíticos como siempre, se mantenían cerrados a la visión nacionalsocialista.

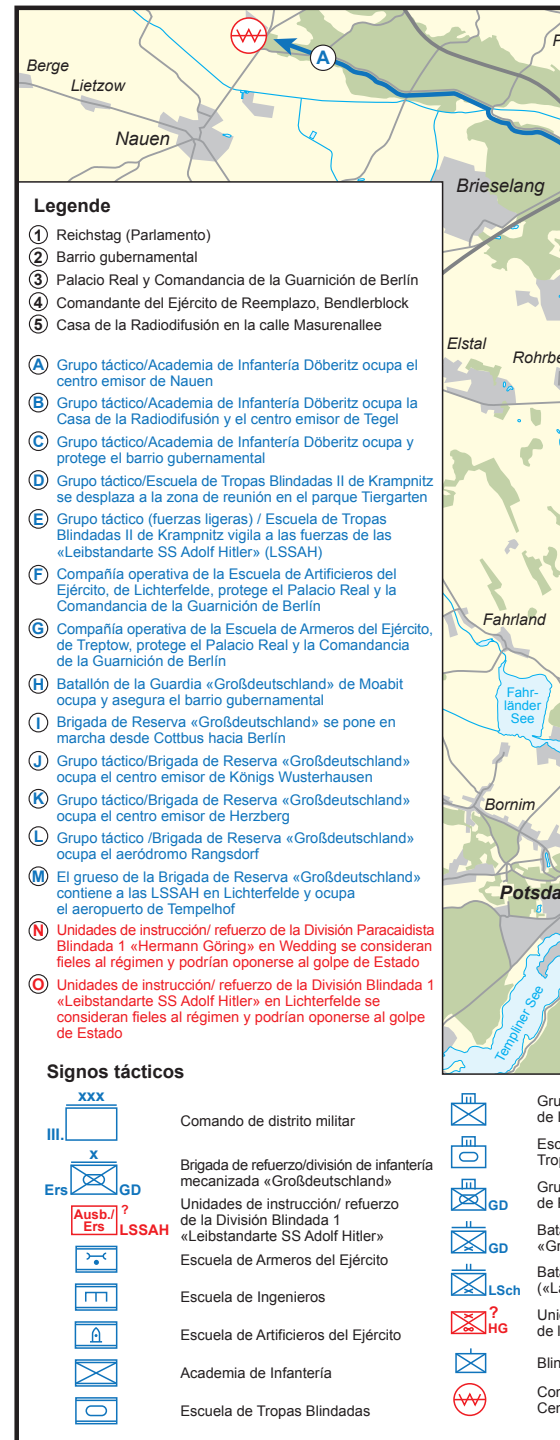
Hay que recordar aquí que las ideas de los conspiradores civiles, tales como Carl Goerdeler, Ulrich von Hassell o Johannes Popitz, sin duda tenían un toque retrógrado, conservador. Esto puede decirse también de lo que pensaba una parte de los conspiradores acerca del papel de las fuerzas armadas dentro del Estado y la sociedad. Aunque hasta ahora no se haya dicho con tanta claridad, dichos conceptos estaban arraigados en el pensamiento anterior a 1933. Las fuentes históricas no dejan lugar a la duda.

Sin embargo, también había excepciones. Por ejemplo, Stauffenberg dio a entender que él estaba dispuesto a romper el autoaislamiento elitista del ejército. Su afirmación «No en vano fui soldado del pueblo» indica que Stauffenberg logró emanciparse en buena medida de la ideología de la *Reichswehr*. Consideraba al ejército «la institución más conservadora y, a la vez, arraigada en el pueblo». Según él, había fracasado en 1918 porque no se había abierto a las fuerzas sociales emergentes en el pueblo.

El 20 de julio de 1944 en su dimensión militar

Para entender las particularidades del intento de golpe de Estado del 20 de julio de 1944, vale la pena echar una mirada a los planeamientos de 1938 y de 1943. En 1938, aún antes del comienzo de la guerra, los conspiradores habían apostado por el principio de mando y obediencia. El comandante de la División de Infantería 23, Teniente General Walter conde de Brockdorff Ahlefeldt,

estaba al corriente de los planes. Los conspiradores estaban convencidos de que los regimientos bajo su mando seguirían sus órdenes y se movilizarían, entre ellos el Regimiento de Infantería n° 9 de Potsdam. Hace unos años reaparecieron en archivos rusos unos documentos del otoño de 1943, que habían sido enterrados en la Prusia Oriental y que en el año 1945 fueron descubiertos por el Ejército soviético. Según estos, todavía estaba previsto en

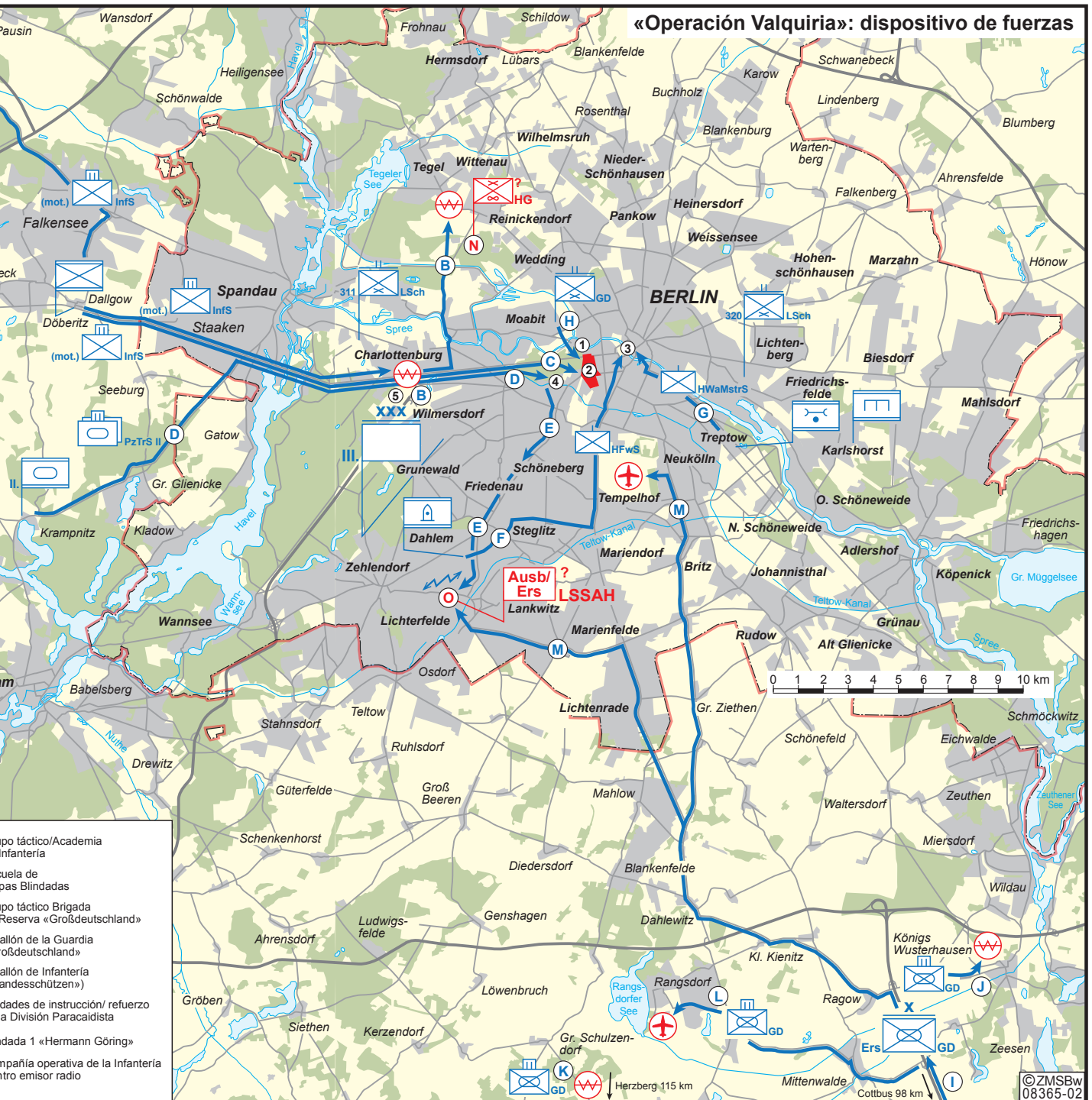


el otoño de 1943 encargar a determinadas unidades el desarrollo de misiones concretas relacionadas con el golpe de Estado. La unidad prevista para ello en la Prusia Oriental fue la recién creada División de Artillería 18, cuyo jefe era de confianza, en opinión de los conspiradores. No obstante, una vez formada en diciembre de 1943, la División fue retirada de allí y trasladada hacia el frente, por lo que ya no estaba disponible para los planes. Este ejemplo es

buen reflejo de la complejidad de las planificaciones, consecuencia de los continuos movimientos y reorganizaciones de las asociaciones militares motivados por la guerra.

En el verano de 1944, la mayoría de los oficiales participantes en la conspiración fueron conscientes de que el principio de orden y obediencia por sí solo no iba a ser suficiente para derribar el régimen nacionalsocialista. Por consiguiente, ya no había lugar a du-

das de que era absolutamente necesario matar a Hitler en un atentado. Stauffenberg y sus aliados más cercanos estaban convencidos de que el ejército, ya en el quinto año de la guerra, con un 90 por ciento de oficiales de la Reserva y los tenientes de la generación de las juventudes hitlerianas, no se levantaría contra un Hitler vivo. Por tanto, resultaba indispensable matar a Hitler y, al menos durante un tiempo, mantener la ficción de que las odiadas



SS lo habían matado, para que el ejército tuviera que intervenir contra ellas. De esta forma, los oficiales nacionalistas conservadores iban a aprovecharse de esa antigua rivalidad existente en las estructuras del Tercer Reich.

Los planes del verano de 1944 parecían ser, a primera vista, «políticamente neutrales», por lo que distribuir de antemano las «órdenes Valquiria» en el ejército no levantaba sospechas. Solo la existencia de órdenes adicionales secretas, repartidas en sobres cerrados, podrían haberse interpretado como indicios de que la «Operación Valquiria», originalmente elaborada para combatir contra revueltas u operaciones aliadas de desembarco aéreo en territorio del Reich, iba a servir unos fines completamente distintos.

Ya desde el principio, el intento de golpe de Estado del 20 de julio no salió como previsto, ya que Stauffenberg había querido ejecutar el atentado ya el día 15 de julio. De acuerdo con lo previsto, en la mañana de ese día los conspiradores habían movilizad o incluso en parte, puesto en marcha, a las unidades del Ejército de Reemplazo. A duras penas pudieron camuflar estos movimientos como «ejercicios», y Olbricht había sido criticado duramente por su superior, el Coronel General Friedrich Fromm. En un nuevo intento de golpe, los conspiradores no iban a poder repetir la activación de esas medidas.

Reconstrucción de los planes del golpe de Estado

Por consiguiente, la reconstrucción más fidedigna de los planes iniciales del golpe de Estado solo puede realizarse a base de los acontecimientos del 15 de julio y de las órdenes que se hayan conservadas hasta hoy.

En concreto, los planes preveían proteger los puntos centrales del poder, sobre todo el puesto de mando principal del golpe de Estado ubicado en la Comandancia del Ejército de Reemplazo, y posteriormente, los ministerios del Reich alemán, contra ataques de fuerzas fieles al régimen.

En primer lugar, éstas iban a ser muy probablemente fuerzas terrestres de la *Luftwaffe*, de entidad y potencia de combate desconocidas, con sede en el cuartel «General-Göring-Kaserne», en el aeródromo de campaña de Tegel.

Las que más temor infundieron a los conspiradores fueron las unidades de reemplazo de la división «Leibstandarte SS Adolf Hitler» (LSSAH). Estacionadas en la antigua academia de cadetes de Berlín-Lichterfelde, contaban muy posiblemente con mayor entidad, movilidad y potencia de combate. Los conspiradores suponían que de allí vendría el esfuerzo principal enemigo.

A su vez, los conspiradores contaban entre sus fuerzas con el Batallón de la Guardia de Moabit, de infantería motorizada, con un alto nivel de disponibilidad, tal como quedó demostrado en la alarma practicada el 15 de julio. El problema era que a su mando estaba el mayor Remer, adepto incondicional al régimen, con el que solo podían contar mientras creyera en la veracidad de la situación proclamada. Él dependía de la comandancia de la ciudad de Berlín, al mando del Teniente General Paul von Hase. Éste era conocido como oficial de ideas opuestas al régimen, sin embargo, no le comunicaron los planes del golpe de Estado y su propio papel en él antes del 15 de julio.

La Academia de Infantería de Döberitz, de tres batallones, dependía de la comandancia del Distrito Militar III. Estaría disponible tras su movilización y una marcha de unos 25 km de distancia. Habría recibido la misión de reforzar las fuerzas empleadas a asegurar el barrio gubernamental, y de ocupar la Casa de la Radiodifusión en la calle Masurenallee y los centros emisores de Tegel y Nauen.

Se esperaba el apoyo de dos batallones blindados de la Escuela de Tropas Blindadas II en Kramnitz, que también estarían disponibles tras su movilización y 30 km de marcha. Con sus unidades ligeramente blindadas iban a

realizar una misión de reconocimiento hacia el sur y vigilar las fuerzas de las SS en Lichterfelde. Además, iban a formar una reserva blindada en la zona de reunión y espera en el parque Tiergarten, en proximidad inmediata al Bendlerblock, la sede del mando supremo de la *Wehrmacht*.

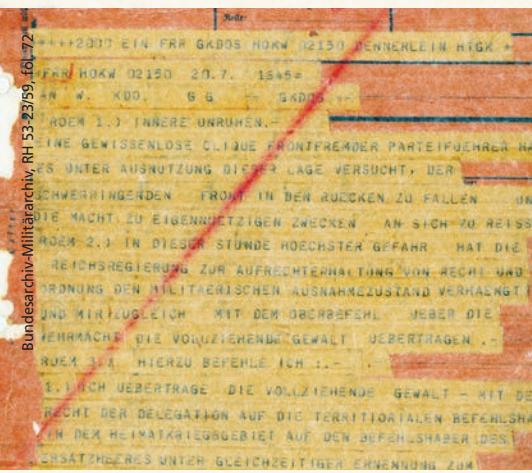
La Escuela de Artificieros y la Escuela de Armeros del Ejército, con ubicación en Treptow, iban a aportar sargentos en formación, con cierta experiencia en el frente, pero carente de motorización, por lo que debían desplazarse, quizá, en tranvía. Ambas escuelas contaban con pocos efectivos y dependían funcionalmente de la comandancia de la guarnición. Su misión iba a ser asegurar el Palacio Real de Berlín y la vecina comandancia de la guarnición.

La Brigada de Reserva «Großdeutschland» de Cottbus, con unos 7000–8000 efectivos y bajo el mando de la comandancia del Distrito Militar III, no iba a estar disponible antes de una larga marcha y quizás no antes del día siguiente. Su operatividad había sido comprobada el 15 de julio. Era capaz de asegurar en un plazo de 12 horas los centros emisores de Herzberg y de Königs Wusterhausen, el aeródromo Rangsdorf, cerca de Zossen, y de entrar en Berlín por la parte sur. Aquí iban a contener las fuerzas de las SS en Lichterfelde y asegurar el aeropuerto de Tempelhof para fines de refuerzo.

Se esperaba el apoyo de otros 1200 efectivos pertenecientes al Regimiento de Caballería Centro, del Grupo de Ejércitos Centro, que iban a llegar por transporte aéreo desde el área al este de Varsovia. Éstos, sin embargo, iban a tardar aún más en tener algún impacto en la capital del Reich.

En principio, se trataba de un plan sólido suponiendo que Hitler hubiera muerto. El hecho de que los planes incluían traer reservas, listas para combatir varios días después, viene a confirmar que el ejército se estaba preparando para un conflicto largo en el interior, una guerra civil como la de 1918, al finalizar la guerra. Los nacionalistas conservadores contaban entre sus potenciales enemigos – al igual que en 1932 – tanto a los nacionalsocialistas como a los nacionalcomunistas, entre ellos, el Comité Nacional por una Ale-

4 Télex de los conspiradores dirigido a los distritos militares subordinados, ordenando a los Generales Comandantes adjuntos y a los comandantes de los distritos militares a asumir el poder ejecutivo, y a desarrollar una serie de medidas adicionales.



mania Libre, constituido por prisioneros de guerra en los campos soviéticos.

La leyenda del Mayor Remer

Entonces, ¿por qué fracasó el intento de golpe de Estado? Durante mucho tiempo se mantuvo la leyenda del Batallón de la Guardia y su Comandante, el Mayor Otto Ernst Remer. No hay película sobre el 20 de julio en la que falte la escena en la que Remer habla por teléfono con Hitler desde el despacho del Ministro de Propaganda del Reich Joseph Goebbels y le oye decir: «Remer, ¿reconoce usted mi voz?» Esto sucedió alrededor de las 19:00 horas. No obstante, las primeras unidades del batallón de Remer no llegaron al Bendlerblock antes de las 23:30, justo a tiempo para formar un pelotón de fusilamiento. En realidad, fueron los propios oficiales del Estado Mayor del Mando Supremo los que sofocaron el levantamiento en su cuartel general, liberaron al Coronel General Fromm y detuvieron a los oficiales conspiradores. El régimen nacionalsocialista, sin embargo, tuvo un fuerte interés en ocultar que había sido el mismo Ejército el que había parado al levantamiento.

Lugares de conmemoración

El intento de golpe de Estado ocurrió en un área específica: en Berlín y sus alrededores. Vale la pena, por tanto, echar un vistazo a algunos de los lugares donde realmente ocurrieron los acontecimientos del 20 de julio. ¿Dónde se conmemoran estos acontecimientos, y cómo?

Según mencionamos anteriormente, la Brigada de Reserva de la División «Großdeutschland» estaba estacionada en el cuartel «General-Alvensleben-Kaserne», de Cottbus. Allí se colocó una placa que conmemora el pasado militar del lugar, que en la actualidad alberga un teatro, organismos oficiales, entre otros. En ningún lado, sin embargo, se menciona el hecho de que de aquí desplegaron unidades en apoyo del golpe de Estado, tanto el 15 como el 20 de julio de 1944.

El cuartel de Kramprnitz, en aquel momento una escuela de caballería, es conocido como objeto de especulación entre la población local de Potsdam, y que ya le costó el puesto a un ministro de finanzas de Brandemburgo. El inmueble mismo, situado en un pintoresco paisaje junto al lago, hasta hace poco que-

daba abandonado a su suerte, y ahora es una zona de urbanización con un plan de obra que promete satisfacer la necesidad urgente de vivienda. Continúa en su lugar el casino de oficiales, de cara a la carretera. Aquí tampoco hay nada en recuerdo del 20 de julio.

Todos los hilos del intento de golpe de Estado se enlazaban en la comandancia de la ciudad de Berlín; su comandante, el Teniente General Paul von Hase, iba a estar entre los primeros en ser condenados y ejecutados por el Tribunal del Pueblo. El edificio de la comandancia quedó destruido durante la guerra, y solo recientemente fue reconstruido con su fachada original por el grupo Bertelsmann, que lo convirtió en su sede representativa en la capital. Allí tampoco se encuentra ninguna referencia a la resistencia.

Un grupo de oficiales jóvenes tuvo la orden de esperar el comienzo del golpe de Estado desde un lugar cercano al Bendlerblock, entre ellos el Teniente Ewald Heinrich von Kleist, que por entonces tenía 22 años y falleció hace poco. Esperaban sentados en el Hotel Esplanade, no lejos del Bendlerblock. Todavía se conserva el salón del hotel, que ahora es parte del Centro Sony de la Potsdamer Platz. En el sótano hay una placa que recuerda aquellos acontecimientos, aunque lamentablemente, los datos proporcionados no son correctos. En contra de lo que dice, Stauffenberg no estuvo esperando aquí.

Una excepción positiva se encuentra en el antiguo aeródromo de Rangsdorf. Desde el 20 de julio de 2004, una pequeña lápida colocada por iniciativa privada recuerda que Stauffenberg y su ayudante Werner von Haefthen partieron en avión de allí 60 años atrás «rumbo al atentado» que iban a cometer en el cuartel general del *Führer*, «la Guarida del Lobo», y que de allí volvieron a Rangsdorf.

El símbolo más conocido quizá se encuentra en el lugar histórico de los acontecimientos, en el actual Centro Conmemorativo de la Resistencia Alemana: la estatua del héroe, obra del escultor Richard Scheibe, situada en el patio del Bendlerblock. No refiere a la resistencia por parte de componentes de las Fuerzas Armadas, sino que incluye en el recuerdo a la resistencia a todos los hombres involucrados (en cualquier caso, no a las mujeres). Esto corresponde, por cierto, con la misión del Centro de reflejar la resistencia con-

tra Hitler en toda su amplitud y diversidad.

Un caso diferente es la placa conmemorativa colocada en un muro del patio, donde se depositan coronas. En ella se nombran los cinco militares ejecutados en la noche del 20 al 21 de julio por sus rangos militares completos.

Otro lugar de conmemoración es la tumba de los cinco golpistas en el cementerio Alter St.-Matthäus-Kirchhof, en Schöneberg. Aquí también se ha desmilitarizado el recuerdo, algo que quizá se pueda entender dada la necesidad de colocar cinco nombres en una lápida, por otro lado, sí llama la atención en vista de la tradicional predilección de los berlineses por poner todo tipo de rangos y títulos en las tumbas.

Las actuales directrices sobre el cultivo de la tradición de la Bundeswehr ya no establecen ninguna relación con la *Wehrmacht*. «La participación en la resistencia militar» es considerada una de las excepciones posibles a dicha regla, teniendo en cuenta, no obstante, «la cuestión de la culpa individual». Quiere decir que no todo acto de resistencia es automáticamente considerado digno de servir como ejemplo, lo que ciertamente es consecuencia de los debates públicos y científicos de las últimas décadas sobre el caso de algunos oficiales fallecidos en actos de resistencia que fueron partícipes en los crímenes del régimen.

Los oficiales que participaron en el intento de golpe de Estado del 20 de julio de 1944 actuaron en primer lugar como expertos militares – eran oficiales profesionales y pensaban como tales. A partir de sus conocimientos militares hicieron lo moralmente correcto, por ello son ejemplos para la *Bundeswehr* de hoy.

■ Winfried Heinemann

Literatura recomendada

Winfried Heinemann, *Unternehmen »Walküre«*. Eine Militärgeschichte des 20. Juli 1944, Berlin, Boston: De Gruyter 2018 (= Zeitalter der Weltkriege, 21)



▲ Berlín-Schöneberg, lápida en el Alter St.-Matthäus-Kirchhof.

La Resistencia y el final de la guerra en el Oeste



▲ El Hotel Majestic sirvió como cuartel general del ejército alemán en París. Desde 1942 hasta su detención el 21 de julio de 1944 tras el atentado contra Hitler, el General de Infantería Carl-Heinrich von Stülpnagel fue gobernador militar en Francia.

SZ-Photo

El atentado contra Hitler perpetrado el 20 de julio de 1944 no fue un fin en sí mismo. Más bien se trataba de derrocar el régimen nacionalsocialista, y por encima de todo, de conseguir el objetivo principal de la resistencia nacional conservadora, el de acabar lo antes posible con una guerra criminal.

El fin de la guerra como objetivo del golpe de Estado

La guerra era considerada una guerra criminal no solo por los crímenes cometidos por los alemanes, sino también porque fue una guerra que ya no servía para alcanzar objetivos políticos y porque las muertes diarias de miles de jóvenes alemanes carecían de sentido alguno – cometiéndose así «un crimen contra el pueblo alemán».

De cualquier forma, tanto los conspiradores civiles como los militares fueron conscientes del peligro que corrían de ser llamados «traidores» y de «haber clavado una puñalada por la espalda»

al hasta entonces exitoso *Führer* y por tanto al pueblo alemán y a la *Wehrmacht*. Si querían conseguir apoyo para el golpe de Estado, tendrían que prometer un final de la guerra que ofreciera mejores condiciones que la rendición sin condiciones exigida por los aliados.

En cualquier caso, los aliados occidentales se mantuvieron a cubierto. No estaban dispuestos a dar concesiones. ¿Cómo iban a saber si los supuestos representantes de la Resistencia pertenecientes a la élite alemana nacional conservadora no fueron en realidad agentes del servicio secreto alemán? Cualquier oferta de paz de compromiso por parte de las potencias occidentales podría haber sido aprovechada de repente para abrir una brecha entre la parte angloamericana, de un lado, y Stalin, por otro.

En todo caso, un cambio de poder en Alemania y el derrocamiento de Hitler iban a ser condición necesaria para cualquier paz. Hitler nunca estuvo dis-

puesto a decir cómo y cuándo quería terminar la guerra, y en vista de los innumerales crímenes cometidos por los alemanes, no había nadie dispuesto a negociar la paz con él. Los diplomáticos entre los conspiradores elucubraban sobre el futuro de Europa o sobre por dónde deberían discurrir las fronteras de Alemania en el futuro. Aún en el verano de 1944, el cabeza civil de la conspiración, el ex alcalde de Leipzig Carl Goerdeler, suponía que Tirol del Sur permanecería en el Reich, al igual que Alsacia-Lorena, y que en el Este se restablecería la frontera de 1914. A su vez, los militares con un pensamiento claramente más realista se preguntaban cómo terminar las actividades bélicas en el corto plazo.

En general, el plan preveía que el golpe de Estado iba a ser preparado mediante la asunción provisional del «poder ejecutivo», es decir, del poder interno del Reich, por el Ejército. Como consecuencia de ello, les habría correspondido a los militares ponerse en con-

tacto con sus adversarios. Pero, ¿cómo iban a hacerlo? ¿Y con cuáles adversarios iban a hablar?

¿Este u Oeste?

Después de la guerra se ha especulado a menudo sobre si Stauffenberg y sus colaboradores más cercanos buscaban una paz separada con Stalin. Se trata de una afirmación sostenida sobre todo por Hans-Bernd Gisevius, ex funcionario de la Gestapo, en sus memorias.

Gisevius fue la persona de enlace de los conspiradores civiles en Zúrich, quiere decir, el enlace con el servicio secreto estadounidense y su representante Allen W. Dulles (el futuro jefe de la CIA, que en la era de Kennedy fue responsable del intento de invasión de EE. UU. en la Bahía de Cochinos de Cuba). Dulles tenía la misión de proporcionar al Gobierno estadounidense inteligencia sobre cómo se orientaría una futura Alemania, una pregunta que dirigía de forma insistente a Gisevius. Éste tenía desde el principio una postura muy crítica hacia los oficiales opositores, sobre todo hacia el coronel Claus Schenk, Conde de Stauffenberg, jefe de estado mayor del Comandante del Ejército de Reemplazo. Stauffenberg mostraba un creciente rechazo al cabeza civil de la conspiración, el ex alcalde de Leipzig Carl Goerdeler, por ser demasiado hablador y políticamente demasiado conservador. Por el contrario, Gisevius estaba completamente de parte de Goerdeler y eso parece haber influido en su relato posterior sobre Stauffenberg.

En sus memorias, escritas tras la guerra, Gisevius describe a Stauffenberg y sus allegados como «socialistas» con intención de orientarse hacia Stalin, también en términos de política exterior. Como sabemos hoy día por los informes que Dulles dirigía a su central en Washington, es una opinión que Gisevius ya mantuvo durante la guerra.

Este argumento fue adoptado en los años 70 por el régimen de la RDA, que en aquel tiempo empezó a buscar personajes de la historia alemana con los que fundar una tradición de la «nación alemana socialista».

Junto al reformador Martin Luther y al héroe de la Guerra de los Campesinos Thomas Müntzer, centraron la mirada en Stauffenberg, ya que supuestamente estuvo en el bando «correcto» durante la Segunda Guerra Mundial. Al fin y al cabo, al apoyar la constitu-



picture-alliance

▲ El que posteriormente fue presidente de la Oficina Federal para la Protección de la Constitución Otto John (izq.) fue un enlace importante entre los conspiradores y las potencias occidentales.

ción del Comité Nacional por una Alemania Libre, un grupo activista contra Hitler constituido por prisioneros de guerra en los campos soviéticos, el dictador soviético hizo una oferta que a primera vista resultaba atractiva. El juicio emitido por Stalin de que los Hitler iban y venían, pero el pueblo alemán permanecía, parecía sonar mucho mejor que la exigencia formulada por las potencias aliadas occidentales sobre una rendición incondicional.

Pero nada de eso es verdad. Al igual que la oposición civil antes que él, Stauffenberg tenía la intención de entrar en contacto con los aliados occidentales para terminar primero la guerra en el frente occidental.

Contactos con el enemigo y con la *Résistance*

Stauffenberg ya lo tenía preparado. Su principal enlace con las potencias occidentales era Otto John, representante de la *Luftwaffe* en Madrid y a la vez miembro del servicio de inteligencia militar de la *Wehrmacht*. A través de su hermano Hans, Otto John conoció al jefe síndico de la Lufthansa Klaus Bonhoeffer, y así entró en contacto temprano con círculos de la resistencia en Berlín.

La capital de la neutral España era un hervidero de agentes. Otto John cuenta en sus memorias que estuvo en contacto con el coronel estadounidense Hohenthal, lo que parece ser verdad.

Por otro lado, Dulles informó a sus superiores desde Zúrich que, según él sabía, John trabajaba para los británicos. Cuando John escapó a Madrid después del 20 de julio de 1944, corría peligro de que las autoridades españolas lo entregaran a Alemania, por lo que prefirió irse a Londres vía Lisboa y trabajar para la BBC. Después de la guerra, los británicos consiguieron que John fuera el primer presidente de la Oficina Federal para la Protección de la Constitución, hasta que en 1954 se trasladó a Berlín-Este, a la radio estatal, para hacer propaganda en contra de la política de integración occidental de Adenauer. John alegó en sus memorias que en 1944 él estuvo en la posición de garantizar que los comunicados de un nuevo gobierno alemán fueran a parar en el escritorio de Eisenhower dentro de un plazo de 48 horas. La Gestapo incluso asumía que Stauffenberg mantuvo dos enlaces separados con los británicos, sin que se haya aclarado en qué consistía el segundo.

El 20 de julio en París

En el momento decisivo iba a ser clave impartir las órdenes apropiadas a las tropas alemanas en Francia. Quizá ya no quedaría otra alternativa que la de romper el frente occidental, con la esperanza de que los americanos y los británicos llegaran a Berlín antes que los soviéticos. Requisitos indispensables para ello iban a ser que el golpe de Estado en



◀ Soldados alemanes delante de la comandancia militar en París, 1940

París tuviera éxito y se recibiera el apoyo del mando militar.

En ese momento, las relaciones de mando en Francia eran tan complicadas como en cualquier otra parte de la *Wehrmacht*. El comandante occidental era el Mariscal de Campo Gerd von Rundstedt. Bajo su mando, el Mariscal de Campo Erwin Rommel comandaba el Grupo de Ejércitos B, que luchaba en el frente contra la invasión en Normandía. Para las funciones de la *Wehrmacht* como ejército de ocupación en Francia, Rundstedt dependía del gobernador militar en Francia, el General de Infantería Carl-Heinrich von Stülpnagel. Cuando Hitler revocó a Rundstedt el 2 de julio de 1944, Rommel por lo visto daba por asumido que él mismo le iba a suceder en el puesto. Pero Hitler ya no confiaba en Rommel; éste sin duda fue un genio operativo, pero la estrategia bélica no era lo suyo. En cualquier caso, al igual que le había sucedido en África y luego en Italia, se tuvo que resignar a ser «mariscal de campo de segunda clase», siempre a las órdenes de otro mariscal de campo: Hitler nombró a Günther von Kluge gobernador militar. Parece que en lo sucesivo, hubo al principio frecuentes altercados entre Kluge y Rommel, dado que Kluge no contaba con experiencia bélica en el frente occidental bajo las condiciones de superioridad aérea aliada.

Stauffenberg había creado una organización golpista de eficientes estructuras militares en territorio del *Reich*, ha-

biéndose independizado de los círculos de discusiones opositores cercanos a Goerdeler, de estructuras más bien abiertas. Había encontrado sus propios contactos con los líderes obreros – sobre todo el ex diputado del SPD Julius Leber. Stauffenberg no quería fiarse tampoco de Dulles, el enlace de Goerdeler con los aliados occidentales, por lo que había creado su propio contacto, con Otto John. Mirándolo más de cerca, esta duplicación de estructuras también se observa en París.

Por un lado, Rommel contaba con el jefe del Estado Mayor General del Grupo de Ejércitos B, el Teniente General Hans Speidel. El suabo había sido reclutado a través de los contactos de Goerdeler en Stuttgart y, al igual que éste, defendía la idea de detener a Hitler y juzgarlo en un tribunal alemán. Por el contrario, Stauffenberg mantenía contactos con su pariente lejano Cäsar von Hofacker, un industrial y teniente coronel de la Reserva de la *Luftwaffe*, que servía en el estado mayor de Stülpnagel. Hofacker estuvo a cargo de coordinar los planes de Berlín con los de la toma del poder en París.

Speidel, que después de la guerra sería general de la Bundeswehr y Jefe del Cuartel General de la OTAN en Europa Central con sede en Fontainebleau, resaltó más adelante su propio papel en la Resistencia y a la vez destacó al comandante Erwin Rommel, que gozaba de gran popularidad entre los británicos y americanos, como importante

miembro de la Resistencia. Rommel fue herido de gravedad por un ataque de cazas a baja cota durante una visita que hizo al frente el 17 de julio de 1944 y por tanto no pudo participar en la conspiración del 20 de julio. Según la versión de Speidel, el intento de golpe de Estado en Francia habría transcurrido de otra forma, si Rommel hubiese podido tomar parte en él.

El papel de Rommel en la Resistencia

Según se sabe, Rommel no estaba al tanto de los planes de Stauffenberg de perpetrar un atentado. Al igual que Speidel, Rommel veía la necesidad de cambiar la situación política en la cúpula del *Reich*. Tenía claro que la guerra era una causa perdida y que había llegado el momento de buscar un acuerdo con los aliados occidentales. Sin embargo, creía en la solución de enviar a Hitler un télex requiriéndole que sacara las consecuencias de la situación descrita. Ante sus camaradas, Rommel sostuvo que ese télex era un «ultimátum»; cabe recordar, no obstante, que Hitler no era una persona propensa a aceptar ningún ultimátum.

Entre los contactos de Rommel también estaba Hofacker, el enlace de Stauffenberg. El futuro mariscal de campo había luchado durante la Primera Guerra Mundial bajo el mando del padre de Hofacker, lo que ayudó a Hofacker a conseguir acceso a Rommel.

Nunca sabremos los detalles de la conversación entre el «Zorro del Desierto» y el conspirador contra Hitler. Hofacker se desplazó desde París para hablar de inmediato con Stauffenberg y comunicarle de lo que se había enterado de primera mano: El frente contra la invasión resistiría durante un máximo de dos semanas más, después era muy probable que los angloamericanos iban a salir de su cabeza de puente. Esta información coincidía con la que Rommel le había escrito a Hitler, lo cual llegó a aumentar la presión a la oposición militar: Si ésta buscaba lograr algún objetivo a nivel de política exterior por medio de un golpe de Estado, tendría que actuar antes de que los aliados occidentales estuvieran a pocos pasos de la frontera del *Reich*.

Asimismo, Hofacker informó a Stauffenberg que pudo ganar a Rommel

para el plan de golpe de Estado. Esto no significa necesariamente que Hofacker le había desvelado a Rommel todos los detalles de los planes en preparación; Stauffenberg mismo había convencido a muchos oficiales a participar en el golpe, sin revelarles que éste comenzaría con un atentado contra Hitler.

El 20 de julio de 1944 en el Frente Occidental

Fuera lo que fuese – el 20 de julio Rommel estaba en un hospital luchando por sobrevivir. En el Estado Mayor del gobernador militar en París ya se enteraron por la mañana de que el atentado y el golpe de Estado iban a ocurrir ese día, e hicieron los preparativos corres-

pondientes. En cambio, en el Estado Mayor del Grupo de Ejércitos Centro, albergado en un castillo situado cerca de la localidad de La Roche Guyon, supieron solo por la tarde a través de la radio que había ocurrido un atentado contra el *Führer*. Este detalle por sí solo ya es muestra de la posición marginada que el Teniente General Speidel ocupaba dentro del tejido de la conspiración.

En París pusieron en marcha las medidas preparadas según lo previsto. Detuvieron a la cúpula del servicio de inteligencia de la SS, así como otros elementos relevantes del régimen; en la cárcel de la *Wehrmacht* en Fresnes ya habían preparado los sacos de arena para los fusilamientos. Stülpnagel se trasladó a La Roche Guyon, donde Kluge ya se había hecho cargo de forma provisional del mando del Grupo de Ejércitos B. Al fin y al cabo, cuando éste estaba en el Frente Oriental se había mostrado abierto a los planes de golpe, al menos por momentos, del Coronel Henning von Tresckow, que por entonces era jefe del Estado Mayor.

Pero ahora se negó a apoyar la Resistencia. Kluge se enteró por la radio y mediante una consulta telefónica que hizo llamando a Prusia Oriental que Hitler había sobrevivido. En su condición de Comandante del Ejército Oeste y Jefe del Grupo de Ejércitos B, Kluge habría tenido todo a su alcance para romper el frente y poner fin a la guerra, al menos en el Frente Occidental. Según cuentan dijo: «Sí que estaría dispuesto, pero solo si ese cerdo estuviese muerto.» Dadas las circunstancias, para él era una causa perdida. Recomendó a Stülpnagel que se viera de paisano y «desaparezca en algún lugar».

¿Qué rumbo habría tomado el golpe de Estado, si Rommel no hubiera sido herido? Lo cierto es que Rommel habló con varios oficiales para cerciorarse de la lealtad de las tropas en caso de un final unilateral de la guerra. Además, se estableció ya un primer contacto por radio entre el Cuartel General estadounidense y el Grupo de Ejércitos B, con motivo de un intercambio de enfermeras americanas. Si también hubo contactos entre la Resistencia alemana y la *Résistance* francesa con el fin de asegurar una retirada libre del Grupo de Ejércitos B al territorio del Reich, es algo que ya no se puede aclarar. No hay que olvidar que Rommel fue un «mariscal de campo de segunda clase» bajo el mando de Kluge, y por tanto no habría podido decidir libremente, en contra de la voluntad de éste. Especular sobre lo que «podría haber sido», por tanto, tiene poco sentido.

Stülpnagel, Kluge, Rommel

Stülpnagel no desapareció en ningún lugar, sino volvió a Alemania en coche oficial. Mandó parar el vehículo cerca del campo de batalla donde había luchado durante la Primera Guerra Mundial e intentó pegarse un tiro. Sus acompañantes llevaron al herido, al que el disparo dejó ciego, a un hospital de campaña. Allí fue detenido, y más tarde juzgado por el Tribunal del Pueblo y ahorcado en Berlín-Plötzensee, el 30 de agosto de 1944.



▲ El Mariscal de Campo Hans Günther von Kluge (delante) fue sospechoso de conocer los planes del atentado. Se suicidó.

Kluge cayó rápidamente en el punto de mira de la Gestapo. Cuando el 16 de agosto pasó todo el día en el frente y no estuvo localizable, Hitler supuso que quería pasarse al enemigo. El 19 de agosto apareció sin previo aviso el Mariscal de Campo Walter Model en el puesto de mando del Grupo de Ejércitos B y comunicó a Kluge que le iba a relevar en el cargo. Éste veía lo que se le venía encima y tomó veneno en Verdún.

Rommel tardó mucho en curarse de sus heridas. Durante ese tiempo también se levantaron sospechas contra él, pero la cúpula del Reich no consideraba oportuno hacer un juicio público contra el mariscal más popular de la *Wehrmacht*. El 14 de octubre se presentaron dos generales de la oficina de personal del Ejército ante él que le comunicaron que era sospechoso de haber participado en el golpe de Estado y le obligaron a quitarse la vida. En el corto trayecto hacia Ulm, Rommel puso punto y final a su vida. A pesar de las acusaciones que sobre él pesaban, recibió un funeral de estado pomposo.

En Occidente, la guerra no llegó a su fin antes de que los aliados ocuparan Alemania y la obligaran a aceptar la rendición incondicional. Casi la mitad de las bajas de guerra por parte alemana se produjeron en el periodo comprendido entre el 20 de julio de 1944 y el 8 de mayo de 1945.

■ Winfried Heinemann



▲ El mariscal de campo Erwin Rommel con un oficial, 1944.

En París pusieron en marcha las medidas preparadas según lo previsto. Detuvieron a la cúpula del servicio de inteligencia de la SS, así como otros elementos relevantes del régimen; en la cárcel de la *Wehrmacht* en Fresnes ya habían preparado los sacos de arena para los fusilamientos. Stülpnagel se trasladó a La Roche Guyon, donde Kluge ya se había hecho cargo de forma provisional del mando del Grupo de Ejércitos B. Al fin y al cabo, cuando éste estaba en el Frente Oriental se había mostrado abierto a los planes de golpe, al menos por momentos, del Coronel Henning von Tresckow, que por entonces era jefe del Estado Mayor.

Pero ahora se negó a apoyar la Resistencia. Kluge se enteró por la radio y mediante una consulta telefónica que hizo llamando a Prusia Oriental que Hitler había sobrevivido. En su condición de Comandante del Ejército Oeste y Jefe del Grupo de Ejércitos B, Kluge habría tenido todo a su alcance para romper el frente y poner fin a la guerra, al menos en el Frente Occidental. Según cuentan dijo: «Sí que estaría dispuesto, pero solo si ese cerdo estuviese muerto.» Dadas las circunstancias, para él era una causa perdida. Recomendó a Stülpnagel que se viera de paisano y «desaparezca en algún lugar».



Bundesarchiv Bild 185-12-11

▲ Prisioneros de un campo de concentración usando barras de hierro para colocar un arco de hormigón pretensado sobre el lugar de construcción del búnker para submarinos «Valentin».

El imperio económico de los campos de concentración

Trabajo forzado para la «victoria final»

Hace 75 años, el 27 de enero de 1945, el Ejército Rojo liberó el campo de concentración y de exterminio de Auschwitz-Birkenau. Auschwitz jugó un papel central en la Alemania nacionalsocialista en la exterminación sistemática de la población judía de Europa y la correspondiente

El término «campo de concentración» fue elegido por los nacionalsocialistas porque sonaba relativamente neutral. Era de uso ya en la época colonial. La abreviatura oficial de los campos de concentración era KL, aunque a menudo se utilizaba la forma abreviada «Campo KZ» o, más corto todavía «KZ».

«solución final». Pero la historia, el desarrollo y uso del complejo y ramificado sistema de campos de concentración es muy anterior.

El sistema de los campos de concentración

Los primeros campos de concentración fueron construidos por las SA en y alrededor de Berlín ya en febrero de 1933, es decir, a sólo pocas semanas después del nombramiento de Hitler como canciller del Reich. Al principio, su función era desarticular a la oposición política. Con violencia brutal encarcelaron a los oponentes, que fueron interrogados bajo tortura y encerrados como «prisioneros protegidos» en las cárceles más cercanas o instalaciones improvisadas.

Entre los primeros detenidos estaban comunistas e intelectuales, después arrestaron a socialdemócratas y sindicalistas, y más tarde también miembros de otros partidos y asociaciones. En abril de 1933, alrededor de 50.000 personas estaban encarceladas en los campos de concentración de Alemania.

En 1934, las SS se hicieron cargo de esos campos, orientándolos hacia el modelo del campo de concentración de Dachau. Estos grandes campos centralizados, perfectamente aislados y ajenos a las intromisiones de otras instancias estatales, constituían espacios donde el personal de los campos de

concentración tuvo vía libre para ejercer su brutal oficio. Los cuerpos de guardia de los campos de concentración (denominados *SS-Totenkopfverbände* 'Grandes Unidades de la Calavera') recibieron un nivel de formación militar que iba mucho más allá de lo necesario para la custodia, para que pudieran ser destinados a otras funciones.

Las SA y las SS se consideraban parte de la «tradición» de las unidades militares y paramilitares, por lo que la vida en los campos de concentración estaba completamente organizada de forma militar. Para poder gestionar los campos con poco personal, los mandos escogían entre los prisioneros a personal auxiliar, encargado de vigilar y hacer trabajar a sus compañeros prisioneros. Como tenían previsto conservar los campos de concentración como instrumento en el contexto de la guerra ya planeada, las SS, luego de destruir a la oposición, internaba cada vez más a personas que los nacionalsocialistas consideraban «inferiores» racial o socialmente: personas sin hogar y mendigos, presuntos delincuentes profesionales, presidiarios, homosexuales, judíos, «gitanos», testigos de Jehová y otros grupos de la población. El círculo de presuntos parásitos del pueblo se fue ampliando constantemente.

En los pogromos de noviembre de 1938 asesinaron a unos 800 judíos, de ellos 400 solo en la «Noche del Pogromo del Reich» del 9 al 10 de noviembre. La Gestapo envió a unos 30.000 judíos a los campos de concentración, donde fueron sometidos a maltratos y torturas. Algunos de ellos murieron. Los que sobrevivieron fueron puestos en libertad, en su mayoría, unas semanas más tarde, si podían garantizar su emigración de forma acreditada. Entre mediados de 1935 y noviembre de 1938, el número de prisioneros de los campos de concentración pasó de 3.500 a 50.000. Al comienzo de la guerra había más de 21.000 prisioneros en los campos de concentración, entre ellos 2.500 mujeres en el de Ravensbrück.

La cifra de fallecidos refleja cómo aumentó con el tiempo la violencia en los campos de concentración. En el de Sachsenhausen, cerca de Berlín, erigido un año antes como el nuevo campo modelo y de formación, la ratio de mortali-

El sistema de campos de concentración solía incluir un campo principal y diversos campos anexos. Por motivos logísticos, muchos de los campos anexos se construyeron junto a empresas y lugares de trabajo. Los campos de concentración creados para asesinar en masa a los judíos se denominaron campos de exterminio.

dad en 1937 fue del 2,6 por ciento; en 1938 subió al 9,6 por ciento y en 1939 al 11,5 por ciento. Después del comienzo de la guerra, se incrementó todavía más: en 1940 llegaba al 32,3 por ciento y en 1942 alcanzó el 43,4 por ciento. Esto se debía a que el mando de las SS volvió a endurecer aún más las condiciones de encarcelamiento al comenzar la guerra. Redujeron drásticamente las raciones de alimentos, resultando en que, desde entonces, junto a la violencia diaria, el hambre permanente se convirtiera en la principal amenaza para la gran mayoría de los reclusos. La mayor parte de los prisioneros de los campos de concentración murieron durante la guerra por falta de alimentación, hipotermia y extenuación.

En 1940/41, la Gestapo encarceló a un número especialmente grande de origen polaco y checo, sobre todo de las clases dirigentes. Según la visión de Himmler, el propósito de ello consistía en degradar a la gente de dichos países al nivel de «pueblos trabajadores sin mando», mientras que los «alemanes» – según definición de las leyes raciales de

Núremberg – en su condición de miembros de la supuesta raza nórdico-germánica, estaban predestinados al dominio.

A medida que más países fueron ocupados por la *Wehrmacht*, más personas fueron deportadas desde allí a los campos de concentración, acusadas sobre todo por ser opositoras a la ocupación alemana. No obstante, los prisioneros provenían de toda Europa y de muchos otros países del mundo. De entre los 8,4 millones de hombres y mujeres extranjeros que fueron trasladados forzosa-mente a trabajar en el «Gran Reich alemán», muchos fueron detenidos y llevados a los campos de concentración, sobre todo por alguna violación de las rígidas condiciones de trabajo, intentos de fuga o por «delitos de raza», es decir, relaciones sentimentales con alemanes.

En 1940/41 comenzaron las deportaciones masivas de judíos. En la Polonia ocupada, las SS asesinaron a los judíos con gas venenoso en cuatro campos de exterminio, en Chełmno/Kulmhof usaron «furgones de gas» que llenaban con gases de escape; en Treblinka, Sobibor y Belzec asesinaron a los judíos en cámaras de gas con monóxido de carbono. En los campos de concentración y exterminio de las SS en Auschwitz y Lublin-Majdanek, se construyeron además cámaras de gas para matar con ácido cianhídrico (Zyklon B) a los prisioneros judíos que no les resultaban útiles como mano de obra.

En 1941/42 los grupos operativos de las SS cometieron más de 500.000 asesinatos en masa contra judíos y «comisa-



BMW-Group Archiv, München

► Los prisioneros del campo de concentración de Dachau trabajan en un motor de avión BMW en el comando externo de Allach.

NIOD



◀ En el comando Elba, prisioneros del campo de concentración de Neuengamme profundizan el canal para el transporte de ladrillos.

rios» (concepto que incluía a todas las personas en puestos destacados, desde los maestros de escuela a altos políticos) en la zona ocupada de la Unión Soviética, detrás de la línea de avance del frente.

Ya a partir de 1933, el trabajo manual pesado formaba parte de la rutina para la mayoría de prisioneros de los campos de concentración. Ello correspondía al plan del «Reichsführer-SS», jefe máximo de las SS Heinrich Himmler, de aprovecharse de los prisioneros en beneficio de las SS. Se construyeron instalaciones militares de las SS en los alrededores de los campos de concentración, y se emplearon los prisioneros en obras de construcción y en talleres de artesanía, sobre todo en sastrerías, empresas de procesamiento de madera y de hierro, pero también en panaderías, talleres de vehículos y de armas, en la horticultura y en muchos otros sectores. Esas empresas produjeron gran parte de las necesidades propias de los campos de concentración, sus tropas e instalaciones. Cuando en 1937/38 las entradas de prisioneros iban en aumento, la cúpula de las SS fundó, en coordinación con Albert Speer, el arquitecto de Hitler, que proporcionó crédito para las mismas, grandes canteras de ladrillo y granito, donde los prisioneros tuvieron que producir material de construcción destinado a las obras de Hitler en Berlín y otras ciudades.

Trabajo forzado de los prisioneros de los campos de concentración

Los grandes comandos de trabajo formados para la construcción de las fábricas de ladrillo recocido en Oranienburg y Neuengamme, y para la extracción de granito en Flossenbürg, Mauthausen, Groß-Rosen y Natzweiler fueron el terror de los prisioneros de esos campos de concentración. Otras grandes empresas de las SS con trabajadores de los campos de concentración se dedicaban a la fabricación de muebles y otros productos de madera y de hierro, así como la producción de ropa y alimentos.

Aparte de ello, a partir de 1938 las SS se apoderaron en los territorios ocupados de las riendas de numerosas empresas de distintos sectores que habían sido propiedad de judíos u otros presuntos enemigos del Estado, empresas en las que no trabajaban prisioneros de los campos de concentración. La cúpula de las SS pretendía jugar un papel predominante en el establecimiento de zonas de asentamiento «alemanas» en Polonia, Chequia (Bohemia y Moravia) y en la Unión Soviética, por lo que incautaron durante la guerra las grandes empresas que les parecían adecuadas para sus fines. Ya en 1944, el imperio económico de las SS incluía a más de 30 grupos empresariales a los que perte-

neían más de 100 empresas y talleres. Hubo tiempos en los que éstas empleaban a más de 30.000 prisioneros de campos de concentración.

Los judíos tuvieron que realizar trabajos forzados también fuera de los campos de concentración, al principio dentro de las fronteras del Reich y luego también en los territorios ocupados. Las condiciones de trabajo variaban mucho. En la mayoría de los casos, los judíos fueron las principales víctimas de acoso. Algunos de los campos alcanzaron niveles de mortalidad extremadamente altos. En el Este, los guetos y campos de trabajos forzados para los judíos dependían de la administración civil alemana y de la Wehrmacht. A partir de 1942, las SS se hicieron cargo de la mayoría de los guetos y campos de trabajo. Muchos se cerraron, y sus prisioneros fueron asesinados; muy pocos judíos, los que se consideraban trabajadores imprescindibles, se salvaron.

Antes de 1940, los campos de concentración prestaban en ocasiones sus presos a socios locales de negocios como mano de obra; a partir de 1941 los dejaban a disposición a varias empresas grandes en los alrededores, especialmente la IG Farben en Auschwitz, la fábrica Steyr-Daimler-Puch AG de Steyr, perteneciente a las fábricas imperiales «Hermann Göring», las fábricas de aviones Heinkel de Oranienburg, las Mitteldeutsche Stahlwerke (Grupo Flick) en Hennigsdorf cerca de Berlín, así como a principios de 1942 a la fábrica de Volkswagen.

Una vez fracasado el concepto de guerra relámpago en la Unión Soviética durante el invierno de 1941/42, la economía de guerra estaba ante un cambio radical. Como se preveía que la escasez de mano de obra iba en aumento, en marzo de 1942 Himmler puso los campos de concentración bajo dependencia de la recién creada SS-Wirtschafts-Verwaltungs-Hauptamt/SS-WVHA (Oficina Económica y Administrativa Central de las SS). De esta forma, quería garantizar que las SS no perdieran el control sobre la mano de obra de los prisioneros de los campos de concentración. Al mismo tiempo, trató de dar inicio a la fabricación propia de armas de las SS, en colaboración con varias empresas. A lo cual, el con-

sorcio Siemens construyó una fábrica junto al campo de concentración de mujeres de Ravensbrück, para Krupp se construyó una fábrica en Auschwitz y el fabricante de armas Carl Walther GmbH abrió una planta junto al campo de concentración de Neuengamme. Más tarde, las SS querían hacerse cargo de esas empresas, pero se toparon con una fuerte resistencia. Tanto la industria como la *Wehrmacht* ejercieron gran presión sobre el mando nacionalsocialista para que, a partir del otoño de 1942, las SS pusieran la mano de obra de los presos a disposición de las empresas sin recibir nada en contra. Fue el comienzo de una creciente utilización de los prisioneros de los campos de concentración en la economía de guerra.

Mientras en 1942/43 el número de campos de concentración anexos todavía creció lentamente, en 1944 el aumento fue explosivo, alcanzando un número total de más de 1000. Algunos de ellos, de diferentes tamaños, existie-

ron solo durante varias semanas, otros durante varios meses o incluso años.

De los 714.000 internados en los campos de concentración nacionalsocialistas a mediados de enero de 1945, la mayoría prestaba trabajos forzados en los campos de concentración anexos, que se encontraban repartidos por todo el territorio del Reich.

La industria armamentística los utilizaba en parte para trabajos de construcción y limpieza y en parte, en la producción. En casi todos los grandes consorcios y muchas de las medianas empresas trabajaban prisioneros de los campos de concentración durante la guerra.

Algunos centros y organismos de la *Wehrmacht* y de Correos intentaron ya desde 1940 desplazar parte de su actividad productiva a los campos de concentración, para hacer uso de la mano de obra de los prisioneros, algo que llegó a realizarse por pasos. A partir de 1943, los prisioneros también trabajaron en instalaciones de la *Wehrmacht*.

A partir de octubre de 1942, se emplearon brigadas de construcción de las SS para trabajos de desescombro en las ciudades y barrios demolidos por los bombardeos. Fueron destacados a los lugares más urgentes, donde estaban bajo mando del campo de concentración más cercano. Algunas de estas brigadas también se emplearon para hacer trabajos de construcción, por ejemplo, trabajos de fortificación en la Isla del Canal de Alderney, y en instalaciones de lanzamiento de misiles en el norte de Francia. En 1943 se instalaron campos anexos permanentes en los barrios especialmente afectados por los bombardeos. Los prisioneros de los campos de concentración – a menudo también mujeres – tenían que retirar escombros, rescatar cuerpos, eliminar bombas y construir acomodación temporal para los que habían perdido sus viviendas.

Una de las principales áreas de trabajo fueron las construcciones subterráneas. Dado el creciente número de bombardeos sobre la industria de armamento, los prisioneros de los campos de concentración trabajaron en la construcción de cavidades, pasillos subterráneos y túneles, en los que se iban a albergar fábricas completas, depósitos de petróleo y material militar. También había construcciones semi-subterráneas. Tan solo en el complejo Kaufering, cerca de Landsberg/Lech, trabajaron entre 1944 y 1945 más de 30.000 prisioneros de los campos de concentración. En Ohrdruf, Turingia, trabajaron más de 10.000 en un gran solar de construcción subterráneo, cuyo objetivo continúa sin aclarar hasta el día de hoy. En el proyecto «Riese» («gigante» en alemán), en las Montañas del Búho de Silesia, más de 13.000 internos de campos de concentración tuvieron que construir un cuartel general del *Führer* y residencias para los organismos y personal del Gobierno. Hubo varias docenas más de proyectos subterráneos en muchas montañas de media altura en Alemania, Alsacia, Austria y en otras regiones montañosas.

Había muchos prisioneros que por encargo de las autoridades estatales trabajaron en obras de caminos. Entre ellos estaba el proyecto «Wüste» («desierto»), en el sur de Wurtemberg, donde entre 1943 y 1945 trabajaron más de 10.000 prisioneros en la extrac-



Bundesarchiv Bild 192-323

◀ Cantera «Wiener Graben» del campo de concentración Mauthausen.

ción de combustible de la pizarra bituminosa. A menudo, los comandos de los campos de concentración fueron empleados a realizar trabajos de fortificación, p. ej., para la construcción de trincheras antitanque en la costa alemana del Mar del Norte.

Cuando los aliados bombardearon sistemáticamente las líneas de tren a principios de 1945, la WVHA envió brigadas móviles de construcción ferroviaria, que incluían a prisioneros, a los tramos que precisaban reparación.

La construcción de tantos campos anexos tenía como objetivo contrarrestar la gran falta de mano de obra. Las grandes empresas y autoridades oficiales solían mover cielo y tierra para conseguir apoyo de la administración de trabajo y de los gremios del Ministerio de Armamento (bajo la dirección de Albert Speer) para sus necesidades. La decisión final dependía de la WVHA de las SS.

Condiciones de trabajo

Las condiciones de trabajo variaban mucho entre sí. Los prisioneros que trabajaban al aire libre, que llevaban solo la ropa de los campos de concentración, estuvieron malamente protegidos frente a la humedad y el frío. En los trabajos de ingeniería civil, que a menudo duraban dos o tres meses, como por ejemplo la construcción de trincheras anti tanque en el norte de Alemania entre 1944 y 1945, moría una tercera parte de los prisioneros por malnutrición e hipotermia continuada. Igual de alta fue la mortalidad en la extracción de combustible de pizarra bituminosa y en los trabajos de reubicación subterránea. En cambio, las condiciones de trabajo en el área de la producción de armamento solían ser mejores. Cuando los prisioneros trabajaban en entornos cerrados al menos estaban protegidos contra la intemperie. No obstante, allí había otro tipo de peligros, entre ellos, inherentes en la falta de protección contra accidentes o el trabajo con tóxicos químicos.

Mucho dependía de la actitud de los directivos de las empresas. Así, las condiciones de trabajo fueron relativamente soportables en la fábrica Phrix de Wittenberge, aunque los prisioneros tuvieran que hacer trabajos de construcción. Por el contrario, en el astillero Blohm & Voss en el puerto de Hamburgo, más del 40 por ciento de los prisioneros perdió su vida en 1944, en un

lapso de solo seis meses. Con respecto a todos los campos de concentración en territorio del Reich, la mortalidad en 1943/44 fue más baja que en los años anteriores. En el invierno de 1944/45, sin embargo, volvió a subir mucho.

En los contratos que la WVHA firmaba con las empresas y entidades públicas, las SS se reservaron la competencia de vigilar y sustentar a los prisioneros de los campos de concentración; no obstante, debido a las grandes distancias físicas y la falta de personal, a menudo no estaban en condiciones de cumplir con sus funciones. Por eso, los directivos de las empresas y equipos tenían gran influencia sobre las condiciones de trabajo en los campos anexos, si es que les interesaba. No fueron pocas las empresas que se hicieron cargo de la alimentación y ropa de los prisioneros. Las hubo incluso que negaron a los vigilantes de las SS el acceso a sus instalaciones, para evitar que éstos, con sus métodos nefastos, tuvieran un efecto negativo sobre los trabajadores.

Campos de concentración, *Waffen-SS* y *Wehrmacht*

La mayoría de los directivos y gerentes compartían la postura de que los presos de los campos de concentración debían emplearse para realizar los trabajos más duros, difíciles y peligrosos. Con su precio de 4 Reichsmark (trabajadores auxiliares) o 6 Reichsmark diarios (trabajadores especializados), fueron mano de obra barata, además de ser fáciles de disciplinar. Como las SS se comprometían a sustituir periódicamente a los enfermos crónicos o incapacitados por trabajadores nuevos, las condiciones de vida y de trabajo de los presos estaban marcadas por explotación extrema y alta mortalidad.

Después de la guerra, los veteranos de las *Waffen-SS* se empeñaron en difundir la versión de que sus grandes unidades no tuvieron relación alguna con los campos de concentración. Esto no es verdad. Hubo muchas conexiones comprobadas. En 1941 Himmler definió en dos decretos los ámbitos que pertenecían a las *Waffen-SS*; incluían no solo las grandes unidades de las SS subordinadas al Alto Mando del Ejército para la guerra, sino también todas las SS de los campos de concentración, así como muchas unidades y centros de las SS en las guarniciones de los campos de concentración, tales como depósitos de

vehículos y armamento. También hubo muchas unidades de instrucción o de reemplazo ubicadas allí, y también las que se organizaron allí, al igual que la mayoría de los *Totenkopfstandarte* (Regimientos SS de la Calavera) y unidades de combate anti-partisano desplegadas en los territorios ocupados.

Había campos anexos y campos de trabajo de judíos en al menos cinco de los seis campos de maniobra de las *Waffen-SS*, así como en otras guarniciones de las unidades armadas de las SS, por ejemplo, en los alrededores de Berlín y en Nuremberg.

Los frecuentes cambios de destino del personal resultaban en un fuerte entretendido de las diferentes unidades. En su mayoría, la 3ª División de las *Waffen-SS* estaba formada por integrantes de las *SS-Totenkopfverbände*, que previamente habían vigilado los campos de concentración. Partes de las *Totenkopfstandarte* creadas en 1939/40 para ser empleadas como fuerzas de seguridad en los territorios ocupados, también se integraron en diversas ocasiones en las unidades de combate de las *Waffen-SS*.

El personal que trabajaba en los campos de concentración también fue destinado al frente. A su vez, buena parte de los soldados que ya no podían servir en el frente a menudo fueron destinados a los campos de concentración para desempeñarse como personal funcional o de guardia. En concordancia con todo lo anterior, en las guarniciones de los campos de concentración de Sachsenhausen-Oranienburg, Buchenwald y Dachau vivían las familias del personal de los campos de concentración mezcladas con las familias de soldados de las unidades de combate anti-partisano y de las grandes unidades del frente de las *Waffen-SS*. Además, había muchas conexiones entre la *Wehrmacht* y el sistema de campos de concentración. Los prisioneros de los campos de concentración trabajaban en obras de la *Wehrmacht*, como por ejemplo en Lübben construyendo búnkeres, en Kaltenkirchen construyendo un aeródromo, en Briesen-Falkenhagen, donde se construyó una planta química subterránea para agentes químicos, en los astilleros de la Marina en Wilhelmshaven o en centros de municiones y almacenes como en Lübbenstedt y Döberitz.

Los órganos responsables del Ejército, la Marina y Fuerza Aérea también se encargaron de conseguir mano de obra prisionera para la fabricación de armamento a cargo de las empresas pri-



vadas de su ámbito de responsabilidad. En muchas ocasiones destacaron unidades para la custodia de dichos campos anexos. Los presos que en el norte de Alemania construyeron trincheras anti-tanque fueron custodiados en primer lugar por unidades de la Marina.

En 1944, en vista del fuerte aumento de los campos anexos, las SS lo tenían cada vez más difícil para cubrir los puestos de guardia, de manera que creció el número de miembros de la *Wehrmacht* destacados a los campos de concentración – entre ellos, los más de 10.000 que volvieron de Crimea. A comienzos de 1945, su número superaba con creces al de los miembros regulares de las SS empleados en la custodia de los campos anexos. Incluso hubo casos aislados donde, a raíz de la falta de personal, encargaron a miembros de la *Wehrmacht* la dirección de un campo anexo.

Responsabilidad

La mayoría de los más de 700.000 prisioneros internados a comienzos de 1945 en los campos de concentración nacionalsocialistas prestaron sus trabajos forzados en la economía de guerra alemana. En muchos de esos campos se seguía la política de «exterminio por el trabajo», tal y como lo formuló el ministerio de Justicia en 1942.

«Musulmán» sufriendo de envenenamiento por plomo, Stöcken, 9 de enero de 1945. Los frecuentes envenenamientos por plomo se produjeron por no respetar las normas de protección laboral. El dibujo, entendible para cualquier preso, fue hecho por René Baumer. El francés lo realizó en el campo anexo del campo de concentración de Neuengamme, en Hannover-Stöcken, donde los prisioneros trabajaban en la fabricación de pilas.

Las SS no fueron los únicos partícipes en estos procesos. Los trabajos forzados fueron planificados y solicitados por empresas y autoridades. El alojamiento de los presos, su alimentación, el diseño de sus condiciones de trabajo y muchos más aspectos estuvieron a cargo de un gran número de empleados de las empresas y centros competentes.

¿Cómo nos podemos explicar que tanta gente funcionaba al compás del régimen, cuando quedaba evidente su carácter inhumano? ¿Fueron los «alemanes», tal y como lo formuló Daniel Goldhagen en 1996, un pueblo de «verdugos voluntarios»? Para la mayoría de los partícipes, los preceptos de obediencia y cumplimiento del deber tuvieron máxima prioridad. El miedo a la Gestapo también tenía algo que ver. Aun así, muchos tenían margen de maniobra. Hubo empresas que trataron a los prisioneros de los campos de concentración igual que al resto de sus empleados.

La mayoría de los directivos y gerentes, sin embargo, no hicieron más que cumplir con lo estrictamente necesario, no se empeñaron en mejorar la situación de los prisioneros, por ejemplo, en cuanto a alimentación, ropa, asistencia médica o condiciones de trabajo. Los supervisores civiles tampoco usaron sus posibilidades más que para disciplinar a los prisioneros. El personal de guardia, que debido a la reducida presencia de las SS a menudo tenía más margen de maniobra, en general no estaba dispuesto a asumir riesgos. Los prisioneros con funciones especiales – jefes de campo, jefes de barraca y «capos» – a menudo tenían posiciones clave y mucho dependía de ellos. Algunos valientes aprovecharon sus posibilidades en beneficio de sus compañeros prisioneros, pero corrían menos riesgos si se adaptaban a las expectativas de las SS.

La ayuda y solidaridad que los presos de los campos de concentración re-

cibieron, venía sobre todo de su propio grupo de prisioneros. En los campos anexos recibían de vez en cuando ayuda de otros trabajadores, sobre todo de trabajadores civiles extranjeros y de prisioneros de guerra con los que entraban en contacto. Aunque estaba prohibido, también venía ayuda de las personas que vivían en los alrededores de los campos anexos, que a menudo sabían del trato que se daba a los prisioneros. Aun así, la mayoría se calló, no queriendo enterarse de nada.

Al final de la guerra había millones de personas regresando a sus casas o buscando un nuevo hogar. Madres buscando a sus hijos y esposos, niños buscando a sus padres y hombres buscando a sus familias. Se pasarían meses y años buscando un nuevo hogar, una nueva vida. Sin embargo, resulta difícil comparar su destino con el de aquellos que fueron asesinados en los campos de concentración o mediante el trabajo forzado.

Hasta el día de hoy es difícil calcular el número exacto de víctimas del sistema de los campos de concentración nacionalsocialistas, ya que los asesinos no mantenían registro de todas las víctimas. Se calcula que 2,3 millones de personas fueron deportados a los campos de concentración. Si incluimos a las personas que fueron asesinadas a su llegada, sin ingresar en los campos, hay que contar con 1,7 millones de muertos (esto no incluye las cifras correspondientes a los campos de exterminio). Allí no van incluidas las víctimas a las que mataron en los guetos y campos de trabajo, en el contexto de deportaciones o en fusilamientos arbitrarios. Además, el acceso a nuevas fuentes, como por ejemplo documentos encontrados en antiguos archivos soviéticos, nos permite hacer estimaciones de cifras según determinados grupos de víctimas. Con todas las fuentes a disposición, la cifra total estimada de judíos asesinados en los territorios bajo dominio alemán se sitúa entre 5,6 y 6,3 millones de personas.

■ Hermann Kaienburg

Literatura recomendada

Nikolaus Wachsmann, *KL. Die Geschichte der nationalsozialistischen Konzentrationslager*, Múnich 2016.
Hermann Kaienburg, *Die Wirtschaft der SS*, Berlín 2003.
Wolfgang Benz/Barbara Distel, *Der Ort des Terrors. Geschichte der nationalsozialistischen Konzentrationslager*, Bd 1: *Die Organisation des Terrors*, Múnich 2005.

Tratado de Versalles

¿Hipoteca para el futuro?



▲ El 28 de junio de 1919, Johannes Bell, ministro de Asuntos Coloniales y ministro de Transporte (sentado en primera fila), junto con el ministro de Exteriores Hermann Müller (inclinado sobre él), firmaron en el Salón de los Espejos del Palacio de Versalles el Tratado de Versalles, impuesto sobre Alemania por los países aliados.

En el año 1918, la esposa de un picapedrero de la ciudad de Bonn anotó en su diario: «¡Gracias a Dios! El 11 de noviembre, a las 11:00, firmaron el armisticio. Entre dos males, elegir el menor.»

Estas escuetas palabras, expresión de inmenso alivio seguido al anuncio del armisticio, son fiel reflejo de los sentimientos compartidos por millones de personas en Alemania, al igual que en todos los otros países involucrados en la Primera Guerra Mundial. Apenas seis semanas después de que la Jefatura del Ejército alemán admitiera a sí mismo la derrota militar y pidiera el inicio de negociaciones de armisticio, una delegación alemana llegó a firmar el mismo en el vagón de tren del mariscal Ferdinand Foch, comandante supremo de los ejércitos aliados, en el bosque de Compiègne, al norte de París.

Las condiciones del armisticio

¿Cuáles fueron las consecuencias del armisticio? Desde un punto de vista meramente militar, cesaron las hostilidades en todas las frentes. Los aliados ocuparon las ciudades de Colonia, Maguncia y Coblenza, que servirían como cabezas de puente. Alemania tuvo que entregar grandes cantidades de material – armas y municiones, camiones, locomotoras y vagones – en fin, cualquier material que podría haber servido para retomar las batallas. Esto afectaba de especial manera a la Marina Imperial. Bajo supervisión de los países aliados, las unidades navales realizaron en los puertos su propio desarme; a mediados de noviembre, la flota de alta mar y la de los submarinos zarparon en dos «ondas» en dirección Gran Bretaña, donde iban a ser internadas hasta la firma de un acuerdo de paz. Alemania tuvo que

liberar a todos los prisioneros de guerra de los países aliados y fue obligada a devolver Alsacia-Lorena a Francia – a efectos inmediatos y sin que hubiera acuerdo formal de paz. Además, el Imperio alemán tuvo que renunciar a los tratados de paz de Brest-Litovsk y Bucarest. La desconfianza por parte de las potencias victoriosas era tal que decidieron continuar el bloqueo naval aliado, factor corresponsable del hambre masiva que sufría la población civil de Alemania. Incluso el armisticio mismo solo tenía una vigencia de 36 días, lo que les daba a los aliados una herramienta eficaz para mantener la presión sobre los alemanes.

Sombras sobre el futuro

La frialdad con la que Foch llevaba las negociaciones no dejó lugar a dudas sobre lo que les esperaba a los alemanes

► El Presidente de EE. UU. Woodrow Wilson (iz.) junto con el Presidente francés Raymond Poincaré (d.) en París, el 14 de diciembre de 1918.

más adelante. Sin embargo, el comportamiento de los aliados en esa situación no fue lo único que arrojó una sombra sobre el futuro. Lo mismo se puede decir del mando militar alemán, que huyó de su responsabilidad por la derrota sufrida. Así que la delegación alemana no se veía encabezada, pues, por el glorioso vencedor de la batalla de Tannenberg y jefe del alto mando del Ejército mariscal de campo Paul von Hindenburg, sino por el político del centro Matthias Erzberger. Sin poder saberlo en ese momento, con este movimiento el nuevo Gobierno terminó por allanar en un momento muy temprano el camino para el nacimiento de la mentira de «la puñalada por la espalda», de la leyenda de un ejército victorioso hasta el último momento, que iba a ser difundida por Hindenburg y los enemigos de la República poco después. Como consecuencia de ello, Erzberger fue asesinado en el año 1921 por miembros de la organización secreta «Cónsul».

«El país de ensueño del periodo de armisticio»

El tiempo transcurrido entre la firma del Armisticio en noviembre de 1918 y la presentación del Tratado a los alemanes en mayo de 1919 fue denominado por el filósofo Ernst Troeltsch, ya por entonces, como «país de ensueño del periodo de armisticio». El concepto de «ensueño» se refería en primer lugar al lado alemán. Al derrocar la monarquía y, por consiguiente, dar término al militarismo prusiano, Alemania creía haber cumplido una condición esencial de los aliados. Ese «cambio de régimen» fue justo lo que el ministro estadounidense de Relaciones Exteriores Robert Lansing había exigido en su última nota diplomática. Todas las diferencias entre las democracias occidentales y la monarquía constitucional del Imperio, con sus rasgos autoritarios, parecían haber sido eliminadas.

Por consiguiente, las expectativas hacia los Aliados fueron muy altas. El mismo día del armisticio, el secretario de Estado de Asuntos Exteriores Wilhelm Solf se dirigió al Presidente de Estados Unidos Woodrow Wilson pidiéndole que le comunicara la hora y el lugar del comienzo de las negociacio-



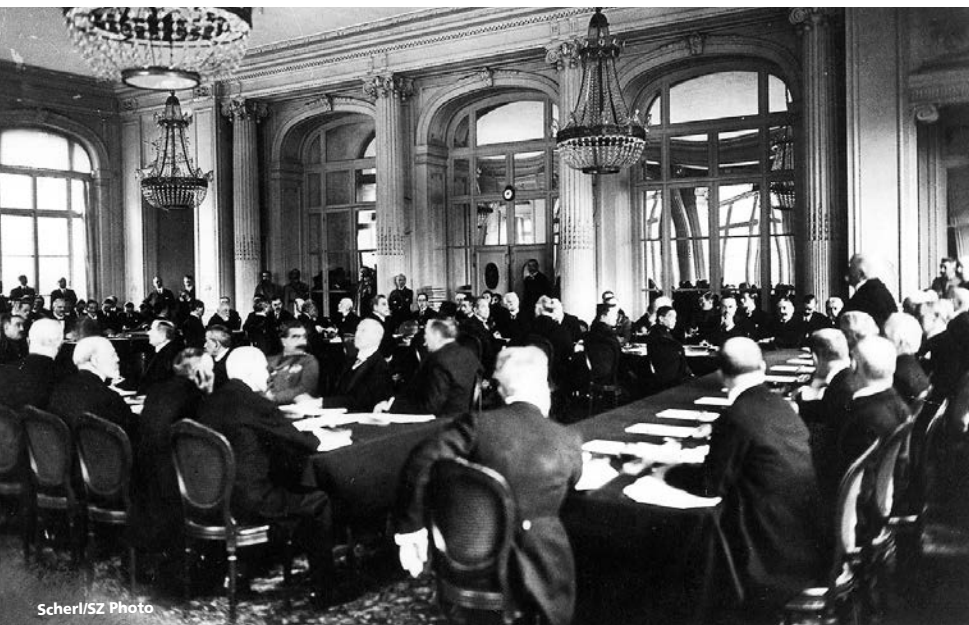
nes para una paz preliminar. Ésta se iba a basar en los «Catorce Puntos» delineados por Wilson en enero de 1918, que los Aliados, en su última nota, habían identificado expresamente como normativos para todas las conversaciones por realizar. Según el ministerio alemán de Asuntos Exteriores, ya existía con ello, en principio, un tipo de «tratado preliminar» para una paz de compromiso, con carácter vinculante en virtud del Derecho internacional.

Pero, no fueron más que sueños. El modo en que actuaba Solf reflejaba el raciocinio de un diplomático clásico. En los siglos anteriores, las guerras se terminaron, aunque hubieran sido terribles, mediante negociaciones objetivas, seguidas por la voluntad de los antiguos adversarios de guerra por pasar página. Además, el intento de los alemanes de dividir a los aliados tampoco fue novedoso.

Los alemanes fallaron en observar, sin embargo, que la guerra mundial no había sido una guerra de gabinete. Ante el inmenso tributo de sangre que pagaron y las destrucciones devastadoras en sus países, las naciones vencedoras tenían grandes expectativas hacia sus Gobiernos, que éstos no podían ignorar, si no querían perder las próximas elecciones. Además, el ministerio alemán de Asuntos Exteriores optó por hacer caso omiso del carácter abierto de las declaraciones de Wilson. Ni siquiera la experiencia de las negociaciones de armisticio logró desilusionar al lado alemán. Todo al contrario: el su-

puesto «pacifismo» de Wilson, que ahora le fue atribuido a base de sus «Catorce Puntos» – de los que se habían burlado anteriormente – y de sus esfuerzos de mediación antes de que EE. UU. entrara en la guerra en el año 1917 como consecuencia de la guerra submarina a ultranza, incluso sirvió a muchos actores políticos como fuente de esperanza. Por ello, docenas de expertos estuvieron trabajando en preparar con gran precisión una gama de respuestas a los reproches y reivindicaciones que los aliados iban a formular.

A primera vista, la esperanza alemana de que Wilson iba a actuar como conciliador, o incluso aliado indirecto, no carecía por completo de fundamento. No solo antes de entrar en guerra sino también después, Wilson se mostró mucho más moderado que los Gobiernos de Londres y París. Incluso cuando llegó a Francia en diciembre, parecía mostrarse fiel a sus principios. Sin embargo, sus reivindicaciones públicas por sustituir el antiguo sistema europeo del equilibrio de potencias por una asociación general de naciones no hicieron sino ofender a los otros países aliados. Especialmente el Gobierno francés reaccionó con irritación. Francia había perdido a un total de 1,3 millones de militares, y otros 2,5 millones habían regresado de la guerra gravemente heridos. A eso había que añadir unos 600 000 civiles que murieron o en las batallas que asolaron regiones de extensiones inmensas en el norte y este del país, o a causa de consecuencias in-



Scherl/SZ Photo

directas de la guerra. Desde el punto de vista francés, estos sacrificios tuvieron que plasmarse en la firma de un tratado de paz debidamente duro.

18 de enero de 1919 – inicio de las negociaciones

A pesar de estas diferencias de opinión, las negociaciones fueron iniciadas en París, el 18 de enero de 1919. La fecha fue elegida por casualidad; a pesar de ello, el Presidente francés Raymond Poincaré la aprovechó para referirse a su carga simbólica: «Nacido en la injusticia, terminó en la infamia», exclamó. Hacía referencia a la fundación y proclamación del Imperio alemán, que tuvo lugar en la ciudad vecina de Versalles, 48 años antes, lo que Francia había experimentado como gran humillación.

Con diferencia a cualquier acuerdo de paz concluido en el pasado, los países aliados se limitaron a negociar entre ellos, y no con Alemania – una clara señal de que el Tratado iba a tener un carácter diferente. Primero, las negociaciones se centraron en las condiciones que Alemania tendría que cumplir. Entre ellas destacaban los temas de las reparaciones y de seguridad, de importancia primordial, especialmente para Francia. Al mismo tiempo, los «grandes» deliberaron sobre «el nuevo orden mundial», sin tener en cuenta los intereses de los «pequeños» (Eckart Conze). Los temas tratados fueron los nuevos Estados y sus fronteras, el futuro de las antiguas colonias alemanas y los restos del desintegrado Imperio otomano, el

nuevo orden internacional, que Wilson había reclamado con tanta vehemencia, el desarme, así como un nuevo derecho internacional y derecho penal internacional. Finalmente, también se trataba de negociar el poder. La cuestión de la expansión de determinados países en Asia, África o en Oriente Próximo no era para nada insignificante. Además, había grandes expectativas hacia los aliados, tanto de parte de los nuevos países en Europa oriental o en los Balcanes en lo relacionado a sus fronteras, como de parte de los países y pueblos coloniales que esperaban tener perspectivas de autonomía o independencia.

Fueron temas muy delicados, y debido a la disparidad de intereses, las negociaciones una y otra vez atravesaron momentos difíciles. Mientras los militares como Foch sostenían que las condiciones no podían ser lo suficientemente duras, los economistas, entre ellos, el inglés John Maynard Keynes, advirtieron de las consecuencias económicas y políticas de una «paz cartaginesa». Al final, se alcanzaron compromisos para solucionar todas las cuestiones abordadas. El hecho de que estos compromisos fueron decepcionantes para algunos países como Italia o Japón, o también para los pueblos coloniales, es algo que queremos mencionar aquí solo de paso.

7 de mayo – el día de «pasar factura»

El 7 de mayo, los aliados presentaron el resultado de las negociaciones a los re-

◀ Georges Clemenceau (de pie, a la derecha del todo), en el hotel Trianon Palace, el 7 de mayo de 1919, en el momento de la entrega del Tratado de paz. Se está dirigiendo a la delegación alemana, que está en el lado opuesto de la sala. En la imagen (de izq. a dcha.): Ulrich Graf Brockdorff-Rantzau, Johannes Giesberts, Walther Schücking. Las personas detrás de la delegación alemana son periodistas.

presentantes del Gobierno del Imperio alemán. Esta fecha también tenía un peso simbólico muy fuerte, ya que era el cuarto aniversario del hundimiento del buque «Lusitania» ocurrido frente a las costas de Irlanda. Más de mil civiles, entre ellos un gran número de ciudadanos estadounidenses, habían fallecido en el ataque. Los aliados, que ya aprovecharon el viaje de la delegación alemana a Versalles para hacerles ver las inmensas destrucciones en todo el país y recordarles la gran culpa que tendrían que pagar, ahora les querían recordar de nuevo la brutalidad de sus actos y las violaciones cometidas del derecho internacional, con el fin de justificar la voluntad de los aliados de buscar venganza. El primer ministro de Francia Georges Clemenceau ni siquiera intentó disimular su intención diciendo: «Ha llegado la hora de arreglar cuentas. Ustedes nos han pedido la paz. La paz les será concedida», declaró con frialdad.

Como era evidente que no había nada que negociar, el ministro alemán de Asuntos Exteriores Ulrich Graf Brockdorff-Rantzau actuó de una manera que no podría haber sido menos prudente. A diferencia de Clemenceau, que se había levantado para pronunciar su discurso, él permanecía sentado – una falta de tacto diplomático sin precedentes.

Con gran acidez rechazó categóricamente el reproche de la responsabilidad de la guerra criticando a los aliados de haber «matado a sangre fría y deliberadamente a cientos de miles de alemanes con ese bloqueo», para luego decirles: «Piensen en ello cuando hablen de culpa y de castigo». La indignación que generó fue tremenda. Por ello, las demás declaraciones de Brockdorff-Rantzau, que trataban de la disposición de Alemania a participar en los esfuerzos de reconstrucción en Bélgica y Francia, pasaron desapercibidas en medio del tumulto.

¿Cuáles fueron las exigencias impuestas por los aliados?

El Imperio alemán tuvo que ceder a Francia, Bélgica y a los países de reciente creación Polonia y Checoslovaquia todas las colonias, Alsacia y Lorena, así como la zona de Eupen-Malmedy, partes de Prusia Occidental, la antigua provincia de Posen, la ciudad de Danzig, que junto con sus áreas colindantes se convertiría en ciudad-Estado libre bajo supervisión de la Sociedad de las Naciones, el territorio de Memel, que primero fue ocupado por los aliados y a partir de 1923 por Lituania, partes de la Alta Silesia y el distrito de Hultschin. Hasta Dinamarca, que ni siquiera había tomado parte en la guerra, formaba parte del grupo de vencedores: Al igual que para otros territorios en el este, se ordenó para Schleswig del Norte, que Dinamarca había cedido a Prusia en 1864, la realización de un plebiscito, que debido a la gran población danesa en esta parte del condado salió a favor de Dinamarca. Sin embargo, el derecho de autodeterminación de los pueblos tuvo una vigencia muy limitada en lo que afectaba a los alemanes, tal y como lo muestra el ejemplo de la Alta Silesia. Aunque la mayoría de los votantes estuvo a favor de permanecer en el Imperio, los aliados hicieron transferir, en el año 1922, un tercio del territorio a Polonia.

Por razones de seguridad, el Sarre y la orilla izquierda del Rin iban a ser ocupados durante varios años por los franceses, con alguna y otra cabeza de puente al otro lado del Rin. Como parte de las reparaciones, la explotación de los yacimientos carboníferos del Sarre también quedó en manos de los franceses. Si el Sarre iba o no a volver alguna vez a formar parte de Alemania quedaba pendiente de un plebiscito.

Asimismo, los aliados querían que Alemania perdiese la capacidad de volver a llevar la guerra a Europa. Así, el Ejército tuvo que reducirse a 100 000 efectivos, y la marina de guerra a 15 000. Ambas instituciones se quedaban con armamento antiguo e iban a carecer de artillería pesada, aviación y submarinos. Pero, sobre todo, se forzó a Alemania a convertir su fuerza militar en un ejército profesional y a suprimir el servicio militar universal obliga-

torio, para que perdiera la posibilidad de llenar sus filas y atacar con millones de soldados a los países vecinos del este y oeste. El gran estado general, el centro intelectual del militarismo prusiano-alemán y de la política de expansión guerrera, fue prohibido. Además, exigieron al Imperio alemán a pagar todos los daños producidos de la guerra. El importe que al final se calculó ascendió a 132 mil millones en marcos dorados, lo que hoy día equivaldría a unos 700 mil millones de euros. A esto se sumaron inmensas entregas de material: la entera flota comercial, locomotoras, vagones de tren, postes telegráficos, así como carbón y otros bienes.

Gran importancia tuvieron también las demás disposiciones económicas, que en general reciben poca atención: El Imperio alemán tuvo que conceder a los aliados – sin recibir nada en contra – la aplicación del trato de nación más favorecida; el patrimonio alemán en el extranjero fue confiscado, al igual que todos los cables subacuáticos. También le estaba prohibido temporalmente subir los aranceles a una serie de productos. El hecho de que el Káiser, al igual que otros criminales de guerra – entre ellos, muchos generales y almirantes –, iba a ser extraditado y llevado a los tribunales, fue algo completamente novedoso en las relaciones internacionales, pero que se explica por el carácter de la guerra mundial, que fue un cruce de caminos entre las guerras de gabinete y las guerras de masas. Lo que pesaba mucho más en términos

políticos fueron la no admisión de Alemania en la Sociedad de las Naciones, lo que suponía su estigmatización internacional, al menos por el momento, así como la prohibición de la unión entre Austria y Alemania.

En el debate público, sin embargo, predominaba la ira que provocaba el Artículo 231, comúnmente conocido como la «Cláusula de culpa de la guerra», que pesaba más que la profunda decepción con la dureza de las demás disposiciones. Al principio, el propósito de este artículo era proporcionar una base legal «limpia» para las exigencias de reparaciones de parte de los aliados. Sin embargo, en el transcurso de una «guerra de notas» en la que abundaban las torpezas diplomáticas, esta cláusula que califica al Imperio alemán como responsable de haber causado la Primera Guerra Mundial, se iba convirtiendo en una condena moral generalizada de los alemanes. En su respuesta a las reacciones indignadas de Alemania que ello provocó, los aliados denominaron la guerra iniciada por Alemania «el crimen más grande contra la Humanidad y la libertad de los pueblos, que haya sido conscientemente realizado por una nación que pretende ser civilizada».

«Cualquier mano se marchitaría»

Como muy tarde, en el momento de la entrega del borrador del Tratado quedó evidente que todas las esperanzas por una paz al estilo de Wilson no

► Cartel con el tema de la cesión de territorios y reparaciones. Cromolitografía, 1919, Louis Oppenheim (esbozo).



fueron más que ilusiones. Tanto los políticos, catedráticos y editorialistas al igual que la gente sencilla dieron vía libre a sus emociones. «¿Qué mano que a sí misma y a nosotros ponga estos grilletes no se marchitaría?», preguntó el canciller socialdemócrata Philipp Scheidemann, que había proclamado la República el 9 de noviembre de 1918 – para, al final, dimitir al cabo de numerosos debates dolorosos. Gustav Stresemann, que más tarde iba a allanar el camino para un entendimiento con Francia, exclamó que el Tratado convertiría a Alemania en «un imperio descuartizado, privado de poder, derechos y honor, condenado para la eternidad a realizar servidumbre, gobernado por pueblos forasteros que nos tratan como esclavos».

Sin duda, fueron frases lapidarias. ¿Pero, qué alternativas existían? Aunque los opositores del Tratado mantenían sus filas cerradas, no había nada que pudieran hacer. La «guerra de las notas diplomáticas» de la delegación alemana en Versalles no dio frutos. El 29 de mayo, el día que vencía la respuesta alemana definitiva a las reivindicaciones de los aliados, la delegación alemana reiteró que el Tratado era «imposible de cumplir», hablaban de una «sentencia de muerte», pidiendo «justicia» y «honorabilidad». Cuando Brockdorff-Rantzau terminó por fustigar el borrador como «una concepción del mundo en su agonía, imperialista y capitalista en sus tendencias», que «celebra su último triunfo en todo lo que tiene de espantoso», llegó a avivar una vez más todos los resentimientos existentes. Quedaba evidente que los alemanes continuaban carecer de voluntad para admitir su culpa y aprender del pasado.

Cualquier plan para volver a las armas con el fin de salvar el honor nacional hubiese sido ilusorio. El general Wilhelm Groener, jefe del Estado Mayor del Ejército, advirtió con insistencia contra tales fantasías. Según él, sólo desembocaría en la desintegración del Reich, disturbios en el interior y la ruina económica, sin que ello cambiara la situación inicial. Peor aún: poner resistencia resultaría en una «guerra de

aniquilación total de Francia contra Alemania». Por ello, no se dieron más que actos simbólicos de resistencia, entre ellos el autohundimiento de la flota de alta mar en Scapa Flow, Escocia, el 21 de junio, o la quema de banderas francesas apresadas de la guerra de 1870/71 por integrantes del *Freikorps* (cuerpo de voluntarios) en Berlín.

El 23 de junio, tras debates prolongados y la formación de un nuevo Gobierno entre los partidos SPD y el Centro bajo el mando del socialdemócrata Gustav Bauer, la Asamblea Nacional aprobó la firma del Tratado. «Estamos indefensos. Pero indefensos no significa sin honor», declaró Bauer patéticamente. Los partidos conservadores, la nueva patria de las «antiguas élites», no estaban dispuestos a asumir responsabilidad, al igual que la Jefatura del Ejército, en noviembre del año anterior. Se limitaron a emitir una declaración de honor para aquellos que aprobaron el Tratado «por motivos de patriotismo». Algo del que después, cuando ya estaban inmersos en los debates sobre «la puñalada por la espalda», ya no lograron recordar.

28 de junio – firma del Tratado

El 28 de junio, Hermann Müller, el ministro de Exteriores, y Johannes Bell, ministro de Asuntos Coloniales y ministro de Transporte, firmaron el Tratado en el Salón de los Espejos del Palacio de Versalles. Tanto la fecha como el lugar de la firma tuvieron un gran peso simbólico. El atentado de Sarajevo, ocurrido el 28 de junio de 1914, fue aprovechado por los alemanes con sus aliados para comenzar una guerra mundial, el Salón de los Espejos era el lugar donde se proclamó el Reich ale-

mán. Fue sobre todo Francia la que ahora buscaba revancha. Viejos combatientes de la Guerra Franco-alemana y un grupo de «gueules cassées», militares de «caras rotas» de la guerra recién terminada, formaron calle cuando la pequeña delegación alemana fue acompañada al Salón de los Espejos.

¿Humillación, dictado, catástrofe?

A muchos alemanes de la época, la paz les sabía a humillación, dictado o catástrofe e iba a ser objeto de discusiones apasionadas durante más de una época. A partir del año 1919, el Ministerio de Asuntos Exteriores mantenía una sección encargada únicamente de tratar de rebatir el reproche de culpabilidad de los aliados. Las leyendas de la no-culpabilidad de la guerra, y la de la puñalada por la espalda, pronto iban a ser las «armas» con las que círculos reaccionarios intentaban destruir la detestada República de Weimar, con el fin de allanar el camino a la revisión de la «paz dictada» y, si no hubiera más remedio, a fuerza de violencia.

No obstante, a pesar de sus efectos en materia de política interior y exterior, de tipo económico y, no por último también de tipo moral, parece indicado valorar el Tratado de Versalles de forma realista. Sin duda alguna, el Tratado de Versalles fue un «dictado»; no fue una paz conforme a los ejemplos de los Tratados de 1648 ó 1815. En aquellos tiempos, los vencedores y los vencidos se reunían para crear un nuevo orden, sin emitir juicios moralizantes. En la «era de las guerras mundiales», sin embargo, el Tratado de Versalles no fue singular: Los tratados de paz de Brest-Litovsk y Bucarest, dictados solo pocos meses antes por los alemanes, y

► Estos cinco militares heridos en la cara estuvieron presentes en la firma del Tratado en el Salón de los Espejos, el 28 de junio de 1919. De iz. a dcha.: André Cavalier, Pierre Richard, Henri Agogué, Albert Jugon y Eugène Hébert.



Bridgeman images

► Manifestación en contra del Tratado de Versalles, en el parque Lustgarten de Berlín, el 3 de agosto de 1919

rápida reprimidos en el seno de las discusiones alemanas, fueron ejemplos claros de ello. Además, los debates entre los vencedores dejaron bien claro que el resultado podría haber sido mucho peor para los alemanes. Visto así, el Tratado de Versalles, aunque sus temas fueran «exclusión, estigmatización y castigo» (Gerd Krumeich), no fue una «paz cartaginesa». «Por entonces se abrieron – a largo plazo – las mejores oportunidades para una política alemana prudente, sensata y paciente que para nuestro Estado no aspiraba nada más que convertirlo en el centro de la consolidación de la paz europea», afirmó con razón el historiador conservador Gerhard Ritter ya hace varias décadas.

¿Hipotecas graves?

Si quisiéramos buscar las principales causantes del auge del nacionalsocialismo y el fracaso de la República de Weimar, veríamos que el Tratado de Versalles es solo uno de entre muchos factores que beneficiaron ambos procesos. A pesar de las muchas hipotecas que acarrea el Tratado y otras decisiones o faltas cometidas durante la fase de formación de la República, su final no era inevitable ni mucho menos. Lo mismo vale decir para el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Ésta fue el resultado de decisiones tomadas por los líderes del nacionalsocialismo y no de acuerdos concertados en el año 1919 – tal y como acierta Margaret MacMillan en afirmar.

Lo anterior para nada pretende relativizar las consecuencias del Tratado de Versalles, ni de los tratados firmados con los aliados del Reich, el de Saint Germain, firmado con Austria, el Tratado de Trianon, firmado con Hungría, el Tratado de Neuilly, firmado con Bulgaria, y el Tratado de Sèvres, con Turquía. Las disposiciones que éstos contenían, sobre nuevas fronteras y, como consecuencia, nuevas minorías, sobre reparaciones – con sus implicaciones para las economías – y sobre el desarme de sus orgullosas Fuerzas Armadas, alimentaron el nacionalismo en los países perdedores. Al mismo tiempo, causaron de forma indirecta el debilitamiento de aquellos grupos de demócratas que hubieran sido los más



probables en intentar comenzar de nuevo.

Fue fatal que los aliados no vieran en los bolcheviques más que fantasmas amenazantes a la política interna que había que espantar, en vez de considerarlos los futuros actores de la política imperialista en Europa Oriental. No menos fatal fue el hecho de que subestimaran de forma tan negligente las fuerzas motrices del nacionalismo en Oriente Próximo.

Ambas omisiones fueron especialmente graves, dado que el nuevo orden internacional era mucho más débil de lo que podía o tenía que haber sido, lo que se debía, no por último, a la retirada de EE. UU. de Europa. Por último, otro factor fatal fue la mala conciencia de los países vencedores, en primer lugar, de Gran Bretaña, que iba a ser determinante a la hora de formular la posterior política de apaciguamiento. Creyendo tener que atender los intereses «legítimos» del Reich alemán, el Gobierno británico aceleró el camino hacia la guerra. Cuando ésta comenzó, Adolf Hitler, que para apoyar su política había hecho todo por avivar los resentimientos contra el Tratado de Versalles desde que publicara su libro *Mein Kampf* («Mi lucha»), cerró este capítulo de la Primera Guerra Mundial con la firma del armisticio con Francia, para lo que hizo traer en un acto simbólico el vagón de tren de Foch a Compiègne, en junio del año 1940.

¿Qué lecciones puede enseñarnos?

El orden de Versalles suponía una hipoteca para el futuro. En vista de los problemas a los que nos enfrentamos hoy día, que en parte son fruto de los acuerdos de aquellos tiempos, esto es

algo que ahora vemos con mayor claridad que hace varias décadas, cuando el orden del mundo todavía parecía funcionar, a pesar de los muchos problemas que había. Aun así, en la retrospectiva no se nos debe escapar que la necesidad de crear un nuevo orden mundial fue algo que superaba a los países vencedores y vencidos, y mucho más de lo que ellos mismos estaban dispuestos a admitir. Además, cuando hablamos de los «fallos» de los responsables de entonces, cabe recordar que en los últimos 100 años ha habido suficientes oportunidades para cambiar de rumbo a tiempo, si hubiera habido voluntad para hacerlo, en vez de encaminarse al desastre con los ojos abiertos.

Tanto más, las crisis en aumento nos exigen aprender de las retrospectivas críticas. Solo si contamos con estructuras internacionales sólidas y una auténtica disposición a llegar a compromisos, seremos capaces de crear seguridad. Solo las democracias fuertes podrán sustraerse de la «fascinación iliberal» de las formas autoritarias de gobierno, tal como llegó a afirmar, y con razón, el historiador Eckart Conze, siguiendo el ejemplo del Presidente francés Emmanuel Macron. Creer en una fuerza poderosa, en la potencia del nacionalismo, y renunciar a las libertades básicas que esto conlleva, es una «ilusión mortal» que en el pasado ya terminó por arrastrar a Europa al «abismo».

■ Michael Epkenhans

Literatura recomendada

Eckart Conze, *Die große Illusion. Versailles 1919 und die Neuordnung der Welt*, Múnich 2018.

Jörn Leonhard, *Der überforderte Frieden. Versailles und die Welt 1918–1923*, Múnich 2018.

Eberhard Kolb, *Der Frieden von Versailles*, 3ª ed., Múnich 2019.



Bundeswehr/Scheller

▲ La campeona alemana de Pentatlón Moderno, Annika Schleu, en la disciplina salto ecuestre, 4 de agosto de 2019

«Hasta el deporte es una lucha, una guerra en miniatura...»

El deporte y las Fuerzas Armadas, desde la Antigüedad hasta hoy

Hoy en día, el deporte se relaciona a menudo con la idea del entendimiento entre los pueblos y competición pacífica. Se acentúa la idea del juego limpio y su fuerza pedagógica para una convivencia pacífica, tolerancia e integración. En vista del interés político, social y económico del deporte, sin embargo, se tiende a negar la estrecha vinculación histórica y actual entre el deporte y el mundo militar. Veamos de cerca una relación que viene de la Antigüedad.

Rendimiento físico en la Antigüedad

Los Juegos Olímpicos de la Antigüedad no se celebraron como fiesta de la paz, sino constituían una fiesta religiosa en honor del dios supremo griego Zeus. Su objetivo no fue ni pacificar, ni terminar enemistades. Más bien, la paz olímpica proclamada era simplemente una tregua, limitada en el tiempo y el espacio, para que los guerreros de las diferentes ciudades griegas pudieran des-

plazarse a los juegos y disputar la competición en paz. La interpretación de los Juegos de la Antigüedad como estilización de la capacidad bélica de los atletas griegos se acerca mucho más a la realidad que la de la fiesta popular pacífica, divulgada por el movimiento deportivo olímpico moderno, fundado a finales del siglo XIX por Pierre de Coubertin.

El nivel de preparación de los soldados no solo estaba marcado por su capacidad de utilizar las armas y dominar

técnicas bélicas, sino en igual medida por su resistencia física y una voluntad entrenada a luchar.

Los espartanos fueron, y siguen siendo hasta hoy, símbolos de una marcialidad idealizada y excesiva. Tema al que se dedica la película «300», del año 2007, que trata de la muerte heroica que 300 guerreros espartanos al mando de su rey Leónidas encontraron luchando contra la superioridad persa en la batalla de las Termópilas. Parte del tema histórico tratado por la película, en un lenguaje visual imponente y marcial, es la educación física para la resistencia y el proceso de formación de voluntad que antecede la batalla misma. Como los guerreros espartanos dominan sus armas y están bien entrenados físicamente, parecen ser invencibles. La derrota que van a sufrir al final es consecuencia de una traición.

Sería erróneo limitar ese ideal ético de la antigua Grecia exclusivamente a Esparta, y ponerlo en contraste con las demás ciudades-estado griegas, amantes de la paz y educación intelectual. El filósofo griego Lucio Flavio Filóstrato hizo recordar el objetivo militar de toda educación atlética: La gente veía «los juegos competitivos como una práctica para la guerra, y la guerra como una práctica para la competición».

Se equivoca quien piense que de este concepto ya no queda nada hoy día. Sin ser conscientes de ello, seguimos «celebrando» la marcialidad griega hoy en día de forma frecuente. Cuando los griegos, contra todo pronóstico, vencieron en el año 490 a. C. a un ejército persa muy superior, nació la leyenda de Filípides, que corrió desde Maratón a Atenas para dar noticia de la victoria. Hoy en día, la carrera de maratón es quizás una de las competiciones más importantes de los Juegos Olímpicos, el maratón de Berlín es una fiesta popular, y superar los 42,195 kilómetros es para cada corredor una carrera contra sí mismo – llegar a la meta ya es un mensaje de victoria (véase «historia militar en imagen», pág. 32).

Después de la Antigüedad, el rendimiento físico de los soldados no fue durante mucho tiempo un tema de gran relevancia. En la Edad Media, los torneos de caballería tuvieron un propósito que trascienden el de la educación física. Los ejércitos de lansquenetes de la temprana Edad Moderna no conocían el concepto de «preparación física militar». No fue antes de la época del absolutismo, con la creación de sus

ejércitos permanentes, que surgió la necesidad de reconsiderar la formación e instrucción de los soldados y no reducirla únicamente al manejo de las armas.

Entrenamiento, adiestramiento y gimnasia

Así, en Prusia se escuchaban grandes quejas de que los jóvenes ya no servían para el ejército. A pesar de ello, en el ejército del «Viejo Fritz», en el siglo XVIII, la gimnasia y el deporte fueron conceptos completamente desconocidos. Se daba prioridad al adiestramiento para el manejo de las armas, a la disciplina y obediencia. Lentamente se hicieron los primeros tímidos intentos de incluir la educación física en el régimen de formación. Pero no fue antes de la vergonzosa derrota de Prusia contra Napoleón en 1806 que se pudo observar un cambio de actitud. Hasta entonces, la disciplina y la obediencia se basaban en un sistema de castigos en parte draconianos, a partir de ahora se esforzaron por mejorar la capacidad de combate de los soldados no solo desde el punto de vista físico, sino también por medio de la «educación moral». En Alemania nació la gimnasia, que desde el principio tenía una clara orientación militar.

Así surgió una tradición que unía la educación física con la mental. Cuando en 1811 Friedrich Ludwig Jahn presentó al público su concepto educativo de la gimnasia, inaugurando en el parque berlinés Hasenheide el primer gimnasio al aire libre, se llegó a reivindicar que se convirtiera el ejercicio físico y la gimnasia en parte integrante de la formación militar.

Los miembros del movimiento gimnasta tenían una orientación política liberal y nacional, así que la idea de una formación militar modernizada cayó en suelo fértil. La educación física para la disciplina, la armonía de los movimientos, y el auto control – tanto físico como mental – correspondía con las exigencias puestas a los soldados de los ejércitos populares en nacimiento. Las actividades del movimiento gimnasta, sin embargo, no estaban limitadas al ejercicio físico. Formaban parte integrante de la educación gimnasta el desarrollo de conferencias, el cantar y la transmisión de valores. En las Guerras de Liberación (1813–1815) contra el dominio napoleónico en Alemania, muchos gimnastas lucharon en las fuerzas



▲ La gimnasia y el deporte como instrumentos para la formación de nuevas generaciones aptas para el ejército. Postal de la Asociación de Gimnasia de Maguncia, 1918

voluntarias, como en el famoso cuerpo de voluntarios de Lützow.

Al igual que el deporte moderno de tiempos posteriores, también el movimiento gimnasta tenía carácter político. Junto a la unidad de la nación, llevaba en su ideario la libertad y democracia, así como reivindicaciones de tipo social. De esta forma, los gimnastas se convirtieron en soporte de la Revolución de 1848. En un periodo previo, el movimiento gimnasta fue objeto de difamación, que estaba dirigida también a poner en descrédito la inclusión de la gimnasia en la formación militar. Sin embargo, no había forma de negar la necesidad de educación física de los soldados, lo que llevó a integrar cada vez más ejercicios gimnásticos en las actividades de formación militar.

Cuando, a partir de la década de los años 1860, los gimnastas volvieron a ganar más seguidores, la sociedad empezó a sentir los cambios producto de la industrialización. Como el movimiento gimnasta dio un giro hacia lo nacional, negando sus orígenes liberales, la gimnasia llegó a ser aceptada de forma definitiva en el ejército. La gimnasia se consideraba el mejor método formativo para preparar físicamente a los reclutas para las exigencias de la actividad castrense. Fue el Ejército, y más tarde, en la época del Imperio alemán, sobre todo la Marina que incluyó la gimnasia en las actividades de servicio.

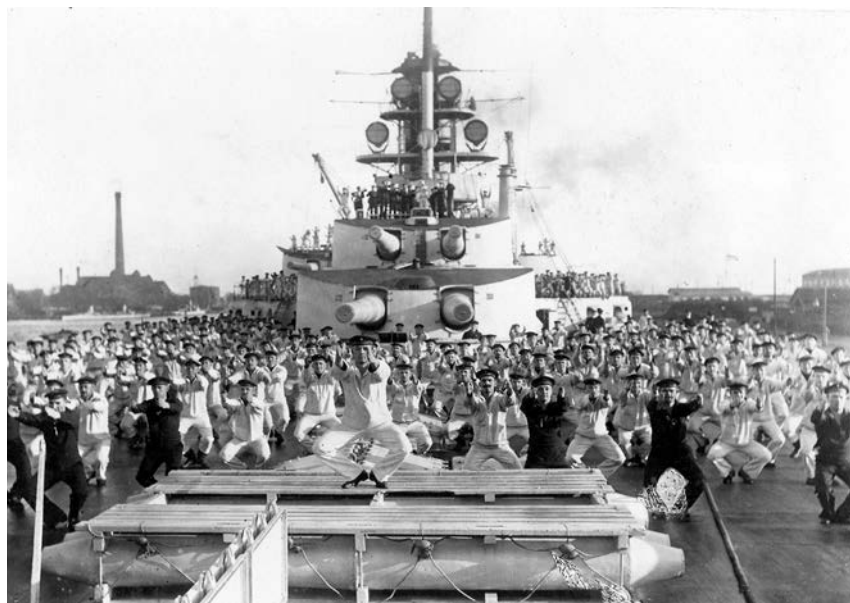
El Movimiento Olímpico Moderno

En el paso del siglo XIX al XX, estudiantes, viajeros de comercio y turistas provenientes de la Gran Bretaña trajeron los «deportes ingleses» a Alemania. En el balneario Bad Homburg, los bañistas de las termas jugaban al tenis, en las universidades se creaban asociaciones de remo y los estudiantes de secundaria aprendían a jugar y disfrutar del fútbol.

Tras el renacimiento de los Juegos Olímpicos impulsado por Pierre de Coubertin en 1896 se estableció un conjunto de valores que, a primera vista, separaba el deporte de la guerra. El concepto ideológico de Coubertin enlazaba la competición deportiva con un mensaje político: La idea de la internacionalidad y educación para la paz ocupaba un lugar muy destacado dentro de su pensamiento. A partir de dicha idea, la prensa llegó a titular los Juegos Olímpicos modernos una «fiesta de la paz». En contra de lo que nos quiere hacer creer la narrativa oficial del Comité Olímpico Internacional (COI), esta denominación, sin embargo, no logra reflejar la complejidad de las Olimpiadas. Aparte de la representación marcial del cuerpo en los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936, organizados por el régimen nacionalsocialista, cabe recordar que la idea olímpica de Coubertin no ha conseguido librarse hasta hoy de la instrumentalización política y comercial de los juegos.

Ya desde el punto de vista lingüístico, existían fuertes vínculos con lo militar, cuando se hablaba por ejemplo de la competición entre los pueblos. El lenguaje militar hizo su entrada hasta en la transcripción de las reglas de juego. Un caso prominente es el fútbol, donde aún hoy hablamos de ataque, ofensiva, defensa y disparo. Entre los deportes cabe destacar el pentatlón moderno, que hizo su primera aparición en el programa olímpico en el año 1912. Recoge elementos esenciales de la formación militar, desde el tiro deportivo, pasando por la esgrima, natación, equitación, hasta la carrera a campo a través. Está inspirado en el pentatlón olímpico antiguo, que incluía las disciplinas de estadio, salto de longitud, lanzamiento de jabalina, lanzamiento de disco y lucha libre.

Los valores del deporte moderno correspondían a las necesidades militares: La medición de los resultados, el



Scherl/Süddeutsche Zeitung Photo

▲ Marineros practicando gimnasia en Wilhelmshaven, sobre la cubierta de un buque de línea de la Marina Imperial, marzo de 1916.

incremento del rendimiento, pero también el ensayo de reglas y normas incluido el «fair play» no solo fueron reflejo de la sociedad industrial moderna, sino también de unas fuerzas armadas modernas que por ello adaptaron cada vez más el deporte para sus fines. El pentatlón moderno, por ejemplo, fue practicado por la oficialidad. Es un deporte que refleja el espíritu nacionalista de esa época y la gran importancia que las fuerzas armadas tenían en todas las sociedades europeas. En lo que respecta a Alemania, el administrador deportivo Carl Diem dijo que el pentatlón moderno respiraba «espíritu militar» y que en sus cinco disciplinas se manifestaba «el soldado completo de los tiempos modernos».

El Káiser practica gimnasia y los militares juegan

El Káiser (o Emperador) Guillermo II sabía muy bien cómo ponerse en escena para ostentar su faceta deportiva. Él y su familia se mostraban no solo en carreras de coches o jugando al tenis, los deportes de moda. El Káiser también sale en fotos que le muestran practicando y enseñando gimnasia en la cubierta de su yate «Hohenzollern», imágenes que luego fueron publicadas por la prensa. La Deutsche Turnerschaft, asociación alemana de los clubes de gimnasia, fundada en 1868, encarnaba entonces, en el sentido auténtico de la palabra, la imagen ideal de un

pueblo educado en el espíritu comunitario.

En vista de las aspiraciones del Imperio por promover el rearme, había gran necesidad de soldados jóvenes y bien formados. Al mismo tiempo, un tema de debates frecuentes era el estado físico y la salud de los reclutas, que se consideraba insuficiente. Un problema para el que la gimnasia y el deporte prometían ofrecer soluciones. El objetivo definido consistía en entrenar a los jóvenes antes de que pisaran los cuarteles como reclutas. Si el Comité Central para los Juegos Populares y Juveniles reclamaba la integración de los juegos en la educación escolar, éstos no se parecían en nada a los juegos deportivos tales como los conocemos hoy en día. Se trataban, más bien, de juegos de guerra, donde se enfrentaban dos grandes equipos y cuyo objetivo era «fortalecer la salud, aguzar los sentidos, endurecer para resistir a la intemperie y reforzar la musculatura».

Evidentemente, el éxito de esos esfuerzos fue escaso. Los autores contemporáneos se quejaban en voz alta de la «extraña apariencia» que ofrecían los reclutas. Hablaban de una situación insoportable que había que remediar: «Todos se creen muy guapos y de buena postura, un error del que se enterarán en las próximas semanas.» La pedagogía contemporánea veía la solución en la gimnasia y el deporte. Promover la educación física en la escuela fue uno de los focos de interés de las

Fuerzas Armadas. Su lema era «educar a hijos valerosos para la patria por medio de una armónica formación de sus capacidades físicas y espirituales».

Además, con la creación del Real Instituto Central de Gimnasia, la Institución militar contaba ya con un centro especializado donde cada año, más de 200 oficiales recibían la formación necesaria para el entrenamiento físico de los reclutas, más allá de las posibilidades del adiestramiento tradicional. Así fue cómo el deporte lentamente iba abriéndose camino en las fuerzas armadas.

Aparte de los colegios, también se ocuparon los clubes de gimnasia y deporte de la educación física de la juventud, sobre todo masculina. En el umbral del nuevo siglo, el deporte empezó a atraer a cada vez más personas. La creación de la Federación Alemana de Fútbol en el año 1900 fue un hito importante en el proceso de establecimiento definitivo del deporte moderno en Alemania. Los Juegos Olímpicos mencionados antes también contribuyeron lo suyo. En 1908, el fútbol se convirtió en disciplina olímpica, y antes de que estallara la Primera Guerra Mundial se celebraron los primeros campeonatos militares.

Como consecuencia, el deporte también fue tema en los reglamentos de servicio. En la «Instrucción para la práctica de gimnasia y juegos en la Institución militar» del año 1910, su autor, teniente Walter Busolt, exigía que, en la práctica de la gimnasia, en lugar de ejercitar a los soldados, se enfatizara más «el aspecto deportivo». Sin embargo, iba a transcurrir bastante tiempo aún para que el deporte formara parte integrante de las actividades formativas de las fuerzas armadas.

El deporte del fútbol y la Primera Guerra Mundial

Fuese en cautiverio británico, fuera en el marco de las actividades de recreo detrás del frente, o también como parte de la formación militar: Durante la Primera Guerra Mundial, los soldados alemanes descubrieron el deporte, y ahí especialmente el fútbol. Mientras que al principio de la guerra de trincheras las unidades se entretenían con fiestas gimnásticas, pronto el balón de cuero pasó a ser el centro de atención. En el

► Soldados austriacos jugando al fútbol detrás de la línea del frente, durante la Primera Guerra Mundial, 1916

frente occidental incluso se organizaron ligas, y el fútbol llegó a jugarse en todas partes, tanto en el frente oriental como en la propia Alemania. La gimnasia fue sistemáticamente sustituida por el deporte, el fútbol era mucho más divertido y para distraerse de la rutina de la guerra se prestaba más que los ejercicios disciplinados de la gimnasia.

Así fue que el moderno deporte «inglés» logró imponerse ya antes del final de la Primera Guerra Mundial a la gimnasia «alemana». Puede afirmarse que Alemania perdió la guerra en el campo de la cultura física ya en 1916. Los soldados preferían jugar al fútbol a practicar gimnasia.

Durante la guerra, el mando de las fuerzas armadas también se dio cuenta del valor del fútbol. Éste se prestaba mucho más que los estáticos ejercicios físicos de la gimnasia para representar el carácter de la guerra en transformación. El equipo de fútbol servía como equivalente deportivo al grupo de asalto. Los soldados alemanes que estuvieron en cautiverio también tuvieron ocasión de practicar deporte. Jugaban al fútbol especialmente en custodia británica, y algunos sitios incluso contaban con pistas de tenis a disposición de los prisioneros. El ejercicio físico no solo servía a los prisioneros para distraerse de la monotonía de la cautividad, sino también suponía un importante aspecto de la autolegitimación. Como la inactividad forzada obligaba a los soldados observar desde lejos el transcurso de la guerra, el deporte les permitía mantener su capacidad operativa para poder contribuir al bienestar de la patria una vez liberado y regresado a Alemania.

Muchos soldados, sin embargo, no podían practicar deporte debido a sus lesiones. En la patria y en los hospitales militares empezaron a emplear ejercicios gimnásticos de forma deliberada para apoyar el proceso de convalecencia de los soldados heridos. Hoy en día, nuestra perspectiva se centra en el soldado individual. En aquel entonces -no solo por el alto número de casi dos millones de heridos de guerra- se buscaba lograr el máximo nivel de capacidad laboral y productividad. Para estos fines, los hospitales militares crearon grupos específicos dedicados a la práctica de ejercicios.

El nacionalsocialismo y el culto al cuerpo

En el «Tercer Reich», la instrumentalización del deporte para objetivos militares tuvo buena acogida. Después de la derrota sufrida en la Primera Guerra Mundial y la prohibición del servicio militar obligatorio impuesto por el Tratado de Versalles, las asociaciones de gimnasia y deporte fueron muy complacientes en ofrecer su actividad en sustitución del servicio militar obligatorio. Después de 1933, el deporte organizado se puso al servicio del nuevo régimen mediante un acto de nazificación voluntaria.

Los líderes nacionalsocialistas se aprovecharon del entusiasmo que había en la República de Weimar por el deporte. No solo en los Juegos Olímpicos de verano de 1936, sino también en el Festival de Gimnasia y Deportes Alemán de 1938 en Wroclaw, los nazis transmitieron su ideal de un «cuerpo nacional homogéneo». Esto hacía refe-



rencia a un presunto ejemplo de la Antigüedad: «Al igual que el pueblo griego, que consideraba los Juegos Olímpicos una fiesta nacional, se trataba de crear una fiesta nacional alemana.» Del lema de los ejercicios corporales se esperaba que fuera «vigoroso e incitante al sacrificio».

A partir de ahí, la educación deportiva en la recién creada *Wehrmacht* tenía un objetivo claro: «Así es que la formación deportiva constituye la base del servicio con armas y de la educación de soldados con fuerza de voluntad y fortaleza mental. Porque lo decisivo no es tanto la maquinaria de guerra, sino los nervios de los hombres que la manejen», podía leerse en la publicación «Educación física en la *Wehrmacht*», por Christian Strauch, monitor de deporte del Ejército, de la «Escuela de Deporte del Ejército» en Wünsdorf. El papel de la voluntad como aspecto decisivo en combate, tan exagerado en el marco de la educación nacionalsocialista, fue aplicado a la educación deportiva. En todo caso, el reglamento fue un paso atrás, porque no tenía lugar para el deporte en su sentido auténtico, ni siquiera deportes tan populares como el fútbol. En su lugar, se volvió a propagar la clásica gimnasia de suelo, los ejercicios gimnásticos y diversos juegos de pelota, para fomentar la agilidad y soltura de los reclutas.

Deporte militar en la RDA

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, los dos sistemas alemanes establecieron sus propias maneras de manejar el tema del deporte.

En la RDA no se limitaron a incluir la educación física del personal militar en las actividades de servicio. Con la creación de la *Armeesportvereinigung Vorwärts (ASV)*, la asociación deportiva nacional de las FAS, a la que pertenecían los clubes deportivos locales de las diferentes guarniciones del país, las Fuerzas Armadas también estuvieron presentes en los deportes populares. Además de ello, la ASV fue miembro de la Federación Deportiva de la RDA, formando parte del sistema de deporte de alto rendimiento de la RDA, que absorbía importantes recursos económicos nacionales; todo ello para demostrar la superioridad del sistema socialista. El hecho de que el «milagro deportivo» de la pequeña RDA costara caro y en parte se apoyara en dopaje institucionalizado, no llegó a hacerse público, sin embargo, hasta después de la caída del muro.

A diferencia de la República Federal, la RDA desarrolló un sistema en el que el deporte seguía el claro objetivo de capacitar a la sociedad entera para la guerra. La *Gesellschaft für Sport und Technik (GST)* («Sociedad para el Deporte y la Técnica»), que tenía determinados tipos de deporte bajo su techo, entre ellos, el tiro deportivo, motorismo, paracaidismo deportivo y el buceo, fue para el régimen un instrumento más para cimentar su poder. La GST no fue la única en calificar abiertamente el deporte como un medio para preparar la guerra. En este contexto, el deporte militar no solo se consideraba una entre varias variantes del deporte, sino «la forma suprema del deporte». Con ello, el deporte en la RDA fue tanto reflejo como

instrumento de dominio de la dictadura socialista.

La *Bundeswehr*, entre la promoción del deporte y la formación militar

Desde sus inicios, la *Bundeswehr* ha incluido el deporte en la formación militar. Los científicos del deporte y pedagogos se plantearon cuáles serían los deportes más idóneos y cómo podrían animar a los soldados a practicar algún deporte extracurricular. Al igual que en otros contextos políticos, la *Bundeswehr* también veía en el deporte mucho más que la mera educación del cuerpo. El objetivo explícito era «la educación de la persona en su conjunto físico-espiritual y mental para desarrollar una personalidad de carácter impecable, enérgico y valioso para la vida dentro de una comunidad», tal y como reza el «Libro de Deporte de la *Bundeswehr*.»

Las recomendaciones metodológicas ofrecidas a los instructores deportivos estaban destinadas a mantener el deporte alejado del tradicional tono de cuartel, que en muchos ámbitos castrenses no había cambiado mucho desde los tiempos de la guerra.

Ciertamente, la finalidad de la metodología de entonces puede calificarse de moderna y no difiere mucho de los preceptos de la formación deportiva de la actualidad. Según el «Libro de Deporte», todo recluta tenía el derecho a experimentar los límites del rendimiento saludable y alcanzar su propio rendimiento máximo. Algunos conceptos de la *Innere Führung*, que por cierto corresponden a los del deporte moderno, quedaron plasmados en las principales recomendaciones metodológicas para los educadores: «Recuerde siempre que le fueron confiados soldados jóvenes. Frente a sus padres y frente a nuestro pueblo, tiene usted la obligación de actuar de buena fe al educar las cualidades físicas y de carácter del personal. Para ello se han de evitar todas las medidas restrictivas que puedan frenar el desarrollo de la personalidad.»

Gran parte de lo que es práctica común hoy ya era sabido en esos tiempos. «Desde el punto de vista psicológico, a la larga no sería inteligente mezclar reclutas de niveles muy diferentes. Sería



Uwe Gerig/Süddeutsche Zeitung Photo

◄ Formación de piloto de planeador de la Sociedad para el Deporte y la Técnica, 1980

▶ Soldados practicando deporte, Escuela de Deporte, Sonthofen, en mayo de 1961

en detrimento de la ambición sana del buen deportista si tuviese que entrenar y competir con los atletas débiles del grupo. Ciertamente no le serviría para mejorar su rendimiento. «Un concepto que cobra actualidad en el deporte militar de hoy, donde los grupos de rendimiento forman parte integrante del nuevo concepto de formación básica.

¿Qué aptitudes físicas debe tener el militar de hoy?

Nadie discute en la actualidad la importancia del deporte como elemento esencial de la formación militar. En todo caso, las fuerzas armadas deben responder siempre a los cambios sociales en curso. En vista del declive de la resistencia física que se observa entre las generaciones jóvenes, la Bundeswehr ha ensayado en el Ejército un nuevo concepto de formación básica enfocado a proporcionar a los reclutas a través del deporte la aptitud física necesaria para ejercer la profesión militar. El ensayo piloto realizado en Hagenow tuvo tanto éxito que el concepto se va a llevar a todos los ámbitos del Ejército. Con ello, no solo pasará la tarea de transmitir las aptitudes militares a las unidades de destino, sino también será indicado hacer constantes esfuerzos para mantener a los soldados en forma y listos para actuar.

El reglamento pertinente relativo al deporte militar en la Bundeswehr define claramente los objetivos de la educación física militar. De acuerdo con él, «es un componente importante de la formación e instrucción del personal militar. Mantiene una estrecha relación de mutualidad con el deporte civil y sus estructuras», por lo que «el deporte en la Bundeswehr no podrá ni deberá ser sustituido por otra actividad.» El personal militar está obligado a dedicar, como mínimo, dos sesiones semanales de 90 minutos cada una a la práctica de deporte, pudiendo apartarse de esta regla «solo por necesidades urgentes del servicio y por decisión del superior jerárquico inmediato». En todo caso, aún queda por ver en qué medida se aplicará dicho precepto.

También es verdad que el programa de entrenamiento obligatorio no podrá cubrir las exigencias inherentes a todos los destinos. Cabe recordar que cada vez surgen más tendencias deportivas

en boga. Una de las más recientes es el fitness militar. Combina los clásicos ejercicios aeróbicos y de musculación con un alto grado de intensidad. Los libros con títulos como «Entrenar como un buceador de combate» o «Sealfit en 8 semanas» son vendidos y usados como guías de entrenamiento no solo a militares. Una tendencia que la Bundeswehr no tardó en explotar, de ahí que la Escuela de Deporte de la Bundeswehr, en Warendorf, ya está realizando cursos para monitores de Military Fitness.

La Bundeswehr también centra gran parte de su atención a la situación de aquellos que sufrieron lesiones durante el desempeño de sus funciones al servicio de la nación. La candidatura que Alemania ha presentado para organizar los Juegos Invictus de 2022 se sitúa dentro de dichos esfuerzos. Sería la primera vez que la sociedad alemana dedique la atención y valoración que dichas personas se merecen. Aunque es cierto que la política ya ha impulsado muchas mejoras para este grupo de militares, queda mucho por hacer todavía si queremos dar a los veteranos, y muy especialmente a los militares heridos en combate e inválidos de guerra, la merecida recompensa económica y moral. En este contexto, los Juegos Invictus son reflejo de un nuevo enfoque dirigido a redefinir la relación entre el mundo castrense y el deporte.

El deporte y las fuerzas armadas seguirán teniendo una relación de tensión recíproca. El estilo de vida del mundo occidental hace avivar las discusiones ya mantenidas en los tiempos de Sócrates y Bismarck, en parte por los mismos motivos, en parte por motivos distintos. «El sobrepeso en los niños se ha convertido en un asunto de seguridad nacional. ¡La comida rápida nos quita la posibilidad de encontrar buenos reclutas!», dijo el Teniente General estadounidense Norman Seip. Además de ello, habrá que preguntarse si los militares de ciberdefensa, que nos protegen de los ataques de los hackers, nece-



sitan contar con la misma resistencia física que los soldados de Infantería.

En Alemania estamos todavía muy lejos de llevar un debate a nivel de sociedad sobre la salud de las nuevas generaciones. Hasta aquel momento, las fuerzas armadas tendrán que seguir ajustando los contenidos de la formación militar con el fin de intentar contrarrestar el visible desarrollo erróneo. Una de las medidas destinadas a ese fin podría consistir en orientar la oferta calorífica del rancho a las necesidades reales de los militares. Sin embargo, si en la lucha contra el sobrepeso queremos lograr la reducción de azúcar en los alimentos – causa principal de la obesidad – no bastará con solo hacer llamamientos a la conciencia. Se podría contemplar la aplicación de una tasa al azúcar, cuyas ganancias se invertirían en medidas de prevención de la salud y de promoción del deporte de masas, lo que en última instancia también beneficiaría a la Bundeswehr.

El tema del deporte y las fuerzas armadas no se agota aquí, ciertamente nos seguirá ocupando en el futuro. Para las fuerzas armadas, el deporte es y no dejará de serlo en el futuro, un importante y atractivo fenómeno social de los tiempos modernos.

■ Peter Tauber

Literatura recomendada

Sandra Heck, Von spielenden Soldaten und kämpfenden Athleten. Die Genese des Modernen Fünfkampfes, Gotinga 2013.

Michael Krüger, Körperkultur und Nationsbildung. Die Geschichte des Turnens in der Reichsgründungsära – eine Detailstudie über die Deutschen, Schondorf 1996.

Ringo Wagner, Der vergessene Sportverband der DDR. Die Gesellschaft für Sport und Technik in sporthistorischer Perspektive, Aquisgrán 2006.



▲ Parte de la delegación alemana durante la ceremonia de apertura de los Invictus Games, en Toronto, Canadá, el 23 de septiembre de 2017

El deporte adaptado

Entre rehabilitación e Invictus Games

La historia del deporte para personas con discapacidad es casi tan larga como la del movimiento gimnasta alemán. Sin embargo, durante mucho tiempo, los discapacitados practicaban el ejercicio físico en instituciones separadas y clubes cerrados. El ejercicio físico para niños y adolescentes con discapacidad se ofrecía al principio en correccionales e institutos educativos pertenecientes al Estado o la Iglesia, establecidos para ciegos, sordos y discapacitados a mediados del siglo XIX. La capacidad de las personas para trabajar y formarse se consideraba condición indispensable para ser partícipe en la sociedad. Conforme a ello, aquellas personas que se consideraban incapaces de desempeñarse o recibir algún tipo de formación, fueron rápidamente marginadas por ser «inútiles» y «una

gran carga» para los demás, y terminaron internadas en establecimientos de custodia, apartadas del resto de la sociedad. Los niños y adolescentes con cierto grado de discapacidad recibían un tipo de formación que correspondía a sus limitaciones, que posteriormente les servía para desempeñar una actividad conforme a sus posibilidades. Al igual que la enseñanza regular, esa formación incluía la educación física, adaptada a las posibilidades y capacidades de cada alumno. Aunque las personas con discapacidades permanecían sin acceso al mercado laboral y educativo regular, al menos parcialmente tuvieron la oportunidad de obtener trabajo y participación social.

El comienzo de la edad adulta, y con ello, el final del periodo formativo en los centros educativos, significaba tam-

bién el cese de cualquier actividad deportiva para esas personas. Aunque esta circunstancia fue objeto de quejas internas, las pocas ofertas de deporte para adultos que había – sin contar el deporte para sordos – fueron creadas por iniciativa propia.

El deporte adaptado para inválidos de guerra – Primera Guerra Mundial

La sociedad alemana no fue la única que por la Primera Guerra Mundial se enfrentaba por primera vez al problema de los mutilados de guerra como fenómeno de masas. Se estima que un total de entre dos y tres millones de soldados alemanes fueron mutilados en la guerra. Esta inmensa cifra superaba las capacidades tanto del sistema

de salud como las del sistema de previsión estatal. La imagen del soldado que regresa mutilado de la guerra marcaría y ocuparía a la sociedad y el Estado durante años. Al igual que en el Imperio alemán, todas las medidas implementadas en la época de la República de Weimar estaban enfocadas en reintegrar a los mutilados en el mundo laboral. Las escasas prestaciones no llegaron nunca a alcanzar el nivel de una seguridad básica. De esta forma, también se quería prevenir que los mutilados de guerra «descansaran» en sus asignaciones vitalicias. En vista de los grandes desafíos económicos a los que se enfrentaba la era posguerra – inflación, crisis económica, desempleo – Alemania estaba lejos de preocuparse por tener una política sostenible y ambiciosa para los mutilados de guerra.

El empujón general que el movimiento gimnasta alemán recibió en la época de la República de Weimar también alcanzó a beneficiar el deporte adaptado. La «Asociación de autoayuda de discapacitados físicos», creada en 1919, que más tarde pasó a llamarse «Liga del Reich para discapacitados físicos», exigió el derecho universal a la autodeterminación, en contraste con la práctica de encerrar a la gente discapacitada en «correccionales para lisiados», así como la plena equiparación con las personas sin discapacidad.

A pesar de contar con experiencia positiva con las actividades gimnásticas y deportivas en la llamada «asistencia civil para lisiados», las iniciativas dedicadas a incluir el ejercicio físico en la rehabilitación de antiguos militares no

llegaron a ser más que un fenómeno marginal del que beneficiaron solo unos pocos miles de personas afectadas. La mayoría de éstas eran antiguos gimnastas y deportistas que de esta forma intentaban enlazar con sus experiencias positivas de antes, pero cuyas actividades deportivas no solían pasar de meras medidas terapéuticas.

Nacionalsocialismo y Segunda Guerra Mundial

A partir de 1933, la ideología racista de los nacionalsocialistas hizo cambiar radicalmente el trato hacia las personas con discapacidad. Ahora, su trato se caracterizaba por una extrema polarización entre inclusión y «exterminio». Por un lado, impulsados por intereses económicos, querían promover e integrar en el «cuerpo nacional productivo» (*schaffender Volkskörper*) a las personas con discapacidad que podrían ser de utilidad para la comunidad; por otro lado, dicha evolución positiva se veía contrastada por la marginación, el internamiento y, en última instancia, asesinato de personas con discapacidades y enfermedades psíquicas en el marco de la «eutanasia».

La subida al poder de los nacionalsocialistas en el año 1933 desembocó en la *Gleichschaltung* (nacificación) y unificación sucesiva de todas las organizaciones para personas con discapacidad. Este proceso también llegó a afectar al deporte para las personas con defectos de la visión y audición, discapacidades físicas y los mutilados de guerra, que había sido desatendido por mucho tiempo y que de aquí en adelante iba a

ser sincronizado y promovido de manera selectiva. Hasta el año 1939 se crearon ofertas de deporte adaptado en todo el territorio nacional y se ampliaron los grupos activos que habían sido fundados en la época de la República de Weimar. Algo que, evidentemente, no ocurrió por razones humanitarias. Más bien fue una medida que tenía como objeto aliviar el sistema de previsión social y tener a disposición mano de obra adicional. El deporte se iba convirtiendo en un medio para determinados fines, haciéndose parte de los diversos preparativos de guerra. En cambio, aquellas personas con discapacidades que se calificaban como portadoras de defectos hereditarios, así como los judíos o incapacitados laboralmente, fueron sistemáticamente marginados, internados y asesinados.

Con diferencia a la Primera Guerra Mundial, al poco tiempo de comenzar la guerra, el Alto Mando de las Fuerzas Armadas no tardó en implementar en todos los hospitales militares el deporte para lesionados. Como querían restablecer la utilidad de los enfermos y lesionados para el régimen cuanto antes, las medidas aplicadas fueron mucho más intensas que las terapias de rehabilitación médica que existían hasta ese momento. En la medida de lo posible, querían conseguir que los lesionados volvieran a dar el máximo rendimiento, en última instancia, incluso trabajando en una mesa de despacho. Al mismo tiempo, gracias a ello pudieron ahorrar importantes cantidades financieras, que de otra forma habrían tenido que invertir en una ampliación notable de las pensiones de los inválidos.

Hasta el año 1941, casi todos los deportes y disciplinas pudieron practicarse en su modalidad adaptada. En los miles de hospitales militares alemanes hubo millones de militares lesionados que necesitaban ser tratados. Para poder aplicar el deporte adaptado en el marco de los «planes terapéuticos» de los hospitales militares, se necesitaban grandes cantidades de docentes específicamente formados. Para este fin, se reclutaron gimnastas terapéuticas y fisioterapeutas, monitores de educación física de clubes deportivos, profesores de gimnasia y educación física, hasta docentes universitarios de deporte, que todos provenían de las más diversas or-

◀ Militares de la *Wehrmacht* amputados de la pierna entrenando con un balón medicinal, agosto de 1943



alkg-images/Sammlung Berliner Verlag/Archiv

ganizaciones nacificadas, entre ellas la «Liga Nacional socialista del Reich para el Ejercicio Físico», que era la organización central del deporte alemán, el Frente Alemán del Trabajo, o la organización nacionalsocialista *Kraft durch Freude* («Fuerza a través de la alegría»). Como en el transcurso de la guerra se iba agudizando la escasez de personal, se intentó remediar la situación recurriendo a antiguos deportistas (lesionados), monitores de educación física de clubes deportivos, y hacia el final de la guerra, incluso a enfermeras auxiliares de la Cruz Roja Alemana. Las actividades prácticas acompañaban la investigación médica y el desarrollo de prótesis, lo que sirvió como fundamento para el deporte adaptado después de la guerra.

Cabe mencionar que también la propaganda nazi supo aprovechar los mutilados de guerra, que en películas e impresos fueron presentados con gran ostentación como «plenos miembros de familias, del pueblo y de la economía». Aunque las representaciones propagandísticas transmitieran aprecio y tuvieran la finalidad de infundir opti-

mismo, no lograron ocultar la realidad. A medida que avanzaba la guerra, las condiciones en cuanto a espacio y material en los hospitales militares iban empeorando, y cada vez faltaba más personal cualificado. Al mismo tiempo, aumentaba la presión sobre el Alto Mando del Ejército a rehabilitar a los heridos con la mayor rapidez. En vista de ello, se emitió en 1942 una insignia deportiva de (alto) rendimiento para discapacitados, que hasta el año 1945 fue otorgada más de 10⁰⁰⁰ veces. Con una orientación más fuerte en el deporte de competición, el régimen nazi, que perseguía la supuesta victoria final (*Endsieg*), trató de acelerar la «regeneración» de los mutilados de guerra para el trabajo, y al final, incluso para el servicio militar limitado.

El deporte adaptado después de 1945

Después de 1945, el deporte adaptado se desarrolló en los dos Estados alemanes de diferente manera. La República Democrática Alemana (RDA) desde el principio daba mucha importancia a la

igualdad en el trato de lesionados civiles y militares, aunque también es cierto que el mando del partido SED (en español PSUA) no dejaba de acusarles de «militaristas» y «revanchistas». A partir de finales de los años 1960, la RDA intensificó la promoción de selectos deportes de alto rendimiento, un proceso del que el deporte adaptado no salió beneficiado. El Gobierno no veía con buenos ojos que los deportistas con discapacidades participaran en competiciones internacionales, por lo que sus intervenciones fuera del país no fueron más que excepciones. Los planes del régimen preveían que los éxitos deportivos, muestra de la superioridad del socialismo, fueran logrados por deportistas sin discapacidades, sobre todo en el marco de los Juegos Olímpicos.

En la República Federal, la evolución del deporte adaptado se caracterizaba por su enorme fraccionamiento en grupos. Hubo una gran cantidad de asociaciones y grupos de intereses en competencia que lucharon por obtener facultades y competencias, así como por la distribución de medios financieros para personas con discapacidades físicas, paraplégicos, ciegos y sordos. Todos, sin embargo, estaban unidos por el objetivo común de lograr la igualdad de derechos e inclusión en la sociedad, lo que se reflejaba en su participación en competiciones internacionales, entre ellas los Juegos Paralímpicos.

El movimiento paralímpico

La celebración de los Stoke Mandeville Games, fundados por el médico Dr. Ludwig Guttmann, se considera el nacimiento del movimiento paralímpico. El especialista en Neurología y médico jefe del hospital Wenzel-Hanke en Breslau, que había sido despedido en 1933 por su origen judío, emigró a Gran Bretaña poco antes de comenzar la guerra en 1939. Allí, el Gobierno británico le encargó en 1943 el establecimiento del primer servicio especializado en lesiones de la espina dorsal en el Stoke Mandeville Hospital en Aylesbury. Una iniciativa por parte de la Royal Air Force, que tenía interés en asegurar el tratamiento y la rehabilitación de sus pilotos con lesiones dorsales. Los métodos que Guttmann desarrolló para tratar a pacientes tetraplégicos,

United Archives/TopFoto/Süddeutsche Zeitung Photo



◀ Stoke Mandeville Hospital, en 1949

que incluyen ejercicios deportivos, tienen vigencia hasta hoy.

En 1948, Guttman dio vida a los Stoke Mandeville Games, que se celebraron al mismo tiempo que los Juegos Olímpicos de Londres. Dieciséis atletas en sillas de ruedas, militares de ambos sexos lesionados de la médula espinal, participaron en un concurso de arqueología. Los primeros certámenes deportivos con la participación de varios países, sin embargo, ya tuvieron lugar en los años veinte del siglo XX, entre ellos, las Sordolimpiadas de París, en 1924. A partir de dichos comienzos se desarrollaron acontecimientos de más envergadura, como por ejemplo los primeros Juegos Internacionales para Discapacitados, que se llevaron a cabo en Roma, pocas semanas después de los Juegos Olímpicos, contando con la participación de aproximadamente 400 atletas mujeres y hombres procedentes de 21 países. Había otros eventos internacionales, tales como los International Wheelchair and Amputee Sports World Games, que se celebraron exclusivamente para atletas en sillas de ruedas y atletas con amputaciones de miembros.

En los grandes eventos deportivos que les iban a suceder, el número de participantes aumentaba continuamente, al igual que la proporción de los atletas cuya discapacidad no era resultado de la guerra.

No fue hasta 1989 que el Comité Paralímpico Internacional (IPC, por sus siglas en inglés) recién creado se hizo cargo de organizar los Juegos Paralímpicos, que desde el año 1992 vienen celebrándose con regularidad luego de los Juegos Olímpicos en el mismo lugar, siendo el mayor evento deportivo internacional para personas con discapacidad.

Invictus Games

Desde 2010, cada año se celebra en EE. UU. el evento multideportivo Warrior Games para miembros lesionados o discapacitados de las Fuerzas Armadas, es decir, del Ejército, la Armada y Guardia Costera, U.S. Marine Corps y Fuerza Aérea. En 2013, se invitaron por primera vez a militares británicos a participar en las competiciones. El Príncipe Harry, duque de Sussex, que por entonces servía como piloto de helicópteros con el rango de capitán, inauguró el evento en ese año y participó activamente con el fin de brindar su apoyo. Como él mismo dijo, esa experiencia le

sirvió como inspiración a crear un acontecimiento similar para Gran Bretaña, los Invictus Games. Ya la denominación «invictus» (que en latín significa «invicto» o «no conquistado») hace alusión a uno de los motivos predominantes de la iniciativa del príncipe Harry: En primer lugar, el propósito de los Juegos es reintegrar al personal militar herido en la sociedad, y llamar la atención sobre lo que las personas con discapacidad son capaces de hacer. Con diferencia a los Juegos Paralímpicos, en el centro de interés no están los récords ni las medallas, sino el mayor reconocimiento para los participantes, su mutuo aprecio, así como el tiempo que pasan juntos. Además de ello, los Juegos estaban dirigidos a recordar la misión militar en Afganistán, y mantener vivo el recuerdo aun después del repliegue de las tropas iniciado en el 2011.

Junto con el alcalde mayor de Londres Boris Johnson y el ministro de Defensa británico Philip Hammond, el príncipe Harry presentó esta idea en una conferencia de prensa celebrada el 6 de marzo de 2014. El lugar elegido para ello fue la Copper Box Arena, un recinto deportivo que ya había albergado varias competiciones de los Juegos Olímpicos y Paralímpicos en Londres, en 2012.

Medio año después, – entre el 10 y el 14 de septiembre de 2014 – se celebraron en Londres los primeros Juegos Invictus, cuya ceremonia de apertura fue presenciada por el primer ministro británico en ese momento, David Cameron. Las competencias se llevaron a cabo en centros deportivos que ya habían sido usados para los Juegos Olímpicos de 2012, sobre todo el Queen Elizabeth Olympic Park y el Lee Valley Athletics Centre. No solo el apoyo por parte de personajes célebres, sino también las transmisiones en directo por la BBC contribuyeron a que el evento recibiera gran atención mediática.

La financiación de los Juegos fue proporcionada, entre otros, por la «Royal Foundation» y el ministerio de Defensa, que pusieron a disposición una cifra de un millón de libras británicas cada uno.

Unos 300 atletas de 13 países participaron en las competiciones oficiales de las disciplinas de tiro con arco, baloncesto en silla de ruedas, remo indoor, ciclismo, rugby en silla de ruedas, natación y en varias disciplinas de atletismo. Junto a los atletas de Gran Bretaña, asistieron atletas procedentes de



▲ El príncipe Harry sostiene las muletas al ganador de la medalla de bronce en los Juegos Invictus del año 2017.

Afganistán, Alemania, Australia, Canadá, Dinamarca, EE. UU., Estonia, Francia, Georgia, Italia, Nueva Zelanda y los Países Bajos.

Desde su estreno en 2014, se han disputado otras tres ediciones de los Juegos Invictus: en Orlando (EE. UU.), en mayo de 2016; en Toronto (Canadá), en septiembre de 2017; y en Sídney (Australia), en octubre de 2018. El número de participantes ha ido aumentando en cada edición, en la última participaron unos 500 atletas de 18 países.

Alemania presentó su candidatura para albergar los Invictus Games en el año 2022, con Düsseldorf como sede del evento. Con este propósito, una delegación en torno al secretario de Estado Dr. Peter Tauber y el alcalde mayor de Düsseldorf Thomas Geisel viajó a Londres en septiembre de 2019. La candidatura alemana, cuyas posibilidades de éxito se consideran muy elevadas, se presentó con el lema A Home for Respect. La decisión definitiva está por conocerse en este otoño.

■ Berno Bahro

Literatura recomendada

Sebastian Schlund, «Behinderung» überwinden? Organisierter Behindertensport in der Bundesrepublik Deutschland (1950–1990), Frankfurt/Meno 2017.

Bernd Wedemeyer-Kolwe, Vom »Versehrenturnen« zum Deutschen Behindertensportverband (DBS). Eine Geschichte des deutschen Behindertensports, Hildesheim 2011.

Steve Bailey, Athlete first. A history of the paralympic movement, Chichester et al. 2008.



picture-alliance/akg-images

▲ Noche del 9 al 10 de noviembre de 1989: Los berlineses de ambos lados de la ciudad subiéndose al Muro frente a la Puerta de Brandeburgo.

«¡Las puertas del Muro están abiertas de par en par!»

La caída del Muro el 9 de noviembre de 1989

«Este 9 de noviembre es un día histórico. La RDA ha anunciado que a partir de este momento sus fronteras están abiertas para todos. ¡Las puertas del muro están abiertas de par en par!», tal y como lo anunció Hanns Joachim Friedrichs, presentador principal de noticias de la televisión alemana ARD, a las 22:43 h del mismo día.

Si embargo, esta declaración inalterable fue precipitada, como se llegó a apreciar en la conexión en directo con Berlín Occidental. El reportero Robin Lautenbach estaba tan tranquilo delante del paso fronterizo de Invalidenstraße, que permanecía cerrado. Estaba rodeado por tres berlineses occidentales que contaron a millones de telespectadores que habían presenciado en el paso fronterizo de Bornholmer-

straße cómo los ciudadanos de la RDA podían cruzar sin complicaciones a Occidente, llevando solo su carnet de identidad en la mano, llorando a lágrima viva y conmovidos por las emociones de estos momentos. Lo mismo se escuchaba de otros lugares, según Lautenbach, quien sin vacilar declaró el monstruoso muro una obra del pasado, que desde el 13 de agosto de 1961 dividía Berlín, Alemania y los bloques enemigos del este y oeste.

Lo cual también se adelantó a los hechos. Fueron los informes de los medios de comunicación como éste los que se convertirían en profecías autocumplidas, empujando el curso de los acontecimientos del mismo modo que lo hiciera aquella famosa conferencia de prensa que se iba a convertir en icono

de 1989, aquel año memorable en la historia mundial: El mismo día, alrededor de las 19 horas, Günter Schabowski, funcionario del comité central del SED (Partido Socialista Unificado de Alemania), había dado el empujón decisivo, aunque involuntario, a la apertura del Muro.

Huida masiva y movimiento opositor

El 9 de noviembre de 1989 marcó el punto culminante de una larga crisis del sistema de la RDA. Desde el golpe de timón dado por Mijaíl Gorbachov, secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), con su *glásnost* y *perestroika* a partir de 1985, el Bloque del Este se veía inmerso en

una transformación radical. En Hungría, los comunistas reformistas estaban iniciando el proceso de liberalización. Polonia tuvo su primer gobierno no comunista, después de unas elecciones semilibres en junio de 1989. Mientras tanto, en la RDA, el «gremio de veteranos» del partido SED bajo el mando de Erich Honecker, jefe del estado y secretario general del partido, se esforzó por impedir cualquier tipo de reforma.

Desde junio de 1989, miles de alemanes de la RDA, en su mayoría jóvenes, huyeron al Oeste, al principio a través de Hungría. Cuando Budapest abrió en septiembre la frontera para los refugiados de la RDA, el régimen del SED prohibió los viajes al hermano país socialista. En consecuencia, los refugiados inundaron las embajadas de Alemania occidental en Praga y Varsovia, para así poder llegar a la República Federal.

Como el partido SED quería celebrar sin mayores inconvenientes el 40 aniversario de la RDA el 7 de octubre, autorizó el 30 de septiembre la salida de más de 6000 personas refugiadas en las embajadas de la República Federal. Inmediatamente después, éstas se volvieron a llenar de refugiados, lo que provocó otra oleada de salidas, aún más grande, el 4 y 5 de octubre, y una tercera ola el 4 de noviembre. Como la República de Checoslovaquia ahora mantuvo abierta la frontera con la República Federal para los ciudadanos de la RDA, otros miles de alemanes del Este aprovecharon ese coladero en el que hasta entonces era el infranqueable Telón de Acero. De esta forma, el Muro y las alambradas de la frontera interior alemana perdieron prácticamente su razón de ser.

Maniobras de vuelta sin éxito

Desde 1961, el Muro había frenado de forma violenta y eficaz la constante emigración de ciudadanos de la Alemania oriental. Ahora, la RDA se veía ante el riesgo de desangrarse de nuevo por la huida masiva de sus gentes. Además, la oposición iba ganando terreno a pesar de la represión. La caída de Honecker, provocada desde el interior del partido el 18 de octubre, no logró im-

► Refugiados de la RDA en el momento de su llegada a Hof, Baviera, el 4 de noviembre de 1989. Después de su huida a la Embajada de la RFA en Praga viajaron en trenes especiales a la Alemania occidental.

► Günter Schabowski en la conferencia de prensa el 9 de noviembre de 1989

pulsar los cambios deseados, y su sucesor Egon Krenz tampoco tenía credibilidad. Esto se hizo evidente en la movilización del 4 de noviembre en Alexanderplatz, la mayor manifestación no gubernamental autorizada por las autoridades, donde los ponentes exigieron elecciones libres y libertad para viajar. El 7 de noviembre dimitió el gobierno del presidente del gobierno Willi Stoph, el 8 de noviembre lo seguiría el Comité Central.

En este contexto político, la creación de un nuevo reglamento sobre viajes pretendía quitar presión a la situación. Pero el proyecto de ley presentado el 6 de noviembre no hizo más que decepcionar a la gente. Preveía un período limitado de 30 días máximos para viajar e incluía además la existencia de «motivos para denegar el permiso», difíciles de comprobar y que dejarían a los ciudadanos a la discreción de las autoridades. El proyecto recibió una lluvia de críticas que venían hasta desde el interior del partido. Por ello, se necesitaba con urgencia una alternativa.

Un nuevo proyecto preparado a toda prisa la mañana del 9 de noviembre preveía que los viajes privados al exterior podrían ser solicitados ya sin necesidad de acreditar los motivos de viaje o relaciones familiares – requisitos anteriormente necesarios – y se autorizarían a corto plazo. Además de ello, se encargó a las autoridades competentes



picture-alliance/dpa Wolfgang Kumm

de pasaportes y registro de las oficinas de distrito de la policía popular con emitir visados para la emigración permanente. Estaba previsto publicar este nuevo reglamento el viernes, 10 de noviembre, lo que daría suficiente tiempo para preparar todos los pormenores durante el fin de semana siguiente. La misma tarde, la nueva normativa recibió la aprobación del Comité Central del SED. Günter Schabowski, miembro del Comité Central del SED, que no había participado en esa reunión, al final de una prolija conferencia de prensa dio a conocer la decisión que acababan de pasarle justo antes, de forma com-



amw/Süddeutsche Zeitung Photo

pletamente confusa. Visiblemente aturdido, Schabowski contestó a la pregunta de cuándo entrarían en vigor las nuevas disposiciones: «Según creo...entra en vigor ahora, inmediatamente.» Las palabras del secretario del Comité Central desataron un alud que terminaría por enterrar el régimen fronterizo de la RDA y el Estado entero de la SED.

«¡Una locura!»

Las agencias de noticias y canales de televisión de todas partes del mundo tardaron pocos minutos en divulgar la sensacional noticia. El Parlamento Federal en Bonn interrumpió su lectura y convocó una sesión especial a eso de las 20:45 h para reconocer el alcance histórico de estos acontecimientos. En un acto de simbolismo único, los diputados del parlamento cantaron de pie el himno nacional. El canciller federal Helmut Kohl, que en ese momento se encontraba de visita oficial en Varsovia, decidió interrumpir su recién iniciado y muy esperado viaje a Polonia, para desplazarse rápidamente a Berlín; tenía muy presente el precedente de la fatal decisión del canciller Adenauer, que en 1961 tardó varios días en comparecer en el lugar de los hechos cuando ya se estaba construyendo el Muro. Todas

esas reacciones tuvieron un fuerte efecto mediático en la RDA.

Hasta las 20 horas del 9 de noviembre, un centenar de personas se había congregado en los pasos fronterizos de Berlín Este, demandando el cumplimiento inmediato de lo anunciado por Schabowski en la rueda de prensa y la apertura inmediata de las fronteras. Los guardias fronterizos, sin embargo, no habían recibido órdenes claras. Los mandos de las tropas fronterizas de la RDA en alerta no sabían qué hacer, y de los responsables políticos no quedaba ni rastro. Mientras tanto, el número y la impaciencia de los que estaban esperando en la frontera seguía en aumento. A las 21:30 h, los guardias fronterizos de la RDA dejaron pasar a «unos buscapleitos agresivos», que fueron los primeros en cruzar, invalidando sus pasaportes con un sello especial y quitándoles su ciudadanía, sin que éstos se dieran cuenta. Este proceder pensado como «solución válvula», dirigido a aliviar la presión, más bien hizo recrudescer la situación, ya que la multitud que se había formado entre tanto se percató que dejaron pasar a unos cuantos, pero a ellos no. Hacia las 23:30 h, la presión era tal que los responsables del puesto fronterizo de Bornholmerstraße abrieron la barrera. Miles de personas

cruzaron sin control alguno el hasta entonces hermético paso fronterizo. Hacia la medianoche se habían abierto todos los pasos fronterizos entre las dos partes de la ciudad.

Había perfectos desconocidos del Este y Oeste abrazándose felices y con lágrimas en los ojos. *Wahnsinn!* («¡una locura!») fue la expresión más escuchada en esas horas tan emocionales; parecía demasiado milagroso e increíble que el inhumano régimen fronterizo de la RDA, símbolo violento y a la vez fundamento del país, literalmente colapsara de la noche a la mañana, de forma pacífica y sin derramar sangre, también gracias a la reacción moderada de los guardias fronterizos. Fueron escenas indescriptibles las de aquella noche, especialmente de la gente bailando sobre el Muro frente a la Puerta de Brandeburgo, que en el recuerdo colectivo quedaron grabadas como fotografías de un momento único de la historia mundial. De hecho, ningún otro acontecimiento simboliza el final de la guerra fría como la caída del Muro, cambiando para siempre el desarrollo de Alemania y de Europa.

■ Tim Geiger



Andreas Schoeizel/Süddeutsche Zeitung Photo

▲ Una vez levantada la barrera en la noche del 9 al 10 de noviembre de 1989, una multitud de personas y vehículos se junta en el paso fronterizo de Bornholmer Straße.



«Una historia que ya conocemos de sobra ... » El 20 de julio de 1944 en el cine

No hay película sobre el 20 de julio de 1944 que tuviera un interés exclusivamente comercial. Porque nadie se espera que el relato de un intento de atentado y golpe de Estado del que todo el mundo sabe que fracasó, se convierta en éxito taquillero. El principal propósito de las dos primeras películas, estrenadas en 1955 y tituladas «El 20 de julio» (director: Falck Harnack, con los actores Wolfgang Preiss, Maximilian Schell, entre otros) y «Ocurrió el 20 de julio» (director: Georg Wilhelm Pabst, con los actores Bernhard Wicki, Siegfried Lowitz, entre otros) fue, por tanto, influir en la percepción de los acontecimientos históricos. Ambas películas se esforzaron por rehabilitar no solo a los miembros de la Resistencia, en aquel entonces aún muy discutidos, sino también a las Fuerzas Armadas alemanas en general – lo que se tiene que entender en el contexto del debate sobre el rearme de Alemania occidental en los años 1950. Con su interpretación de Claus Schenk, Conde de Stauffenberg, en la película «El 20 de julio», el actor Wolfgang Preiss quizá hizo la contribución más clara a este propósito, al combinar gallardía militar con una preocupación sincera por el país – un prototipo temprano del «ciudadano

de uniforme», que iba a representar el modelo de conducta de las nuevas fuerzas armadas.

Mientras que las figuras de los «héroes» de dichas películas tempranas salen exangües y aburridas, lo contrario cabe decir de sus contrincantes. De entre los actores de las películas sobre Stauffenberg de aquellos años, fue Ernst Schröder, interpretando al teniente general de las SS y principal adversario de la Resistencia, el que se quedó en la memoria del público. Su inquietante y convincente interpretación de un despiadado cazador (ficticio) de humanos en uniforme de las SS correspondía al consenso social en aquellos tiempos relativo a la memoria colectiva, en la cual las SS personificaban el mal.

30 años más tarde, la televisión creó un nuevo formato narrativo con el docudrama «Operación Valquiria» del director Franz-Peter Wirth (WDR 1971) (y con Joachim C. Fest como presentador), que combinaba escenas de ficción, rodadas principalmente en los lugares originales, con una serie de entrevistas. Otros 30 años más adelante, el director Jo Baier presentó en su película «Stauffenberg» (2004), con los actores Sebastian Koch, Ulrich Tukur, y otros) a Nina Stauffenberg, coconspiradora y

más hasta que Hollywood descubriera el tema del «20 de julio». «Valquiria» de Brian Singers apareció en 2008, una coproducción germano-americana muy controvertida, con la estrella Tom Cruise como protagonista.

Muchos no tardaron en expresar su preocupación ante lo que «los americanos» le iban a hacer a «nuestro Stauffenberg». Poco antes de estrenarse «Valquiria», la cadena alemana ZDF presentó en un documental de dos entregas la «historia verdadera» de Stauffenberg. En contra de lo que se temía, la producción de Hollywood al final no contenía grandes errores históricos. En vista de la gran cantidad de adaptaciones cinematográficas del tema, el periodista e historiador del cine Hans Schmid ya en 2009 postuló: «Ya conocemos de sobra la historia del fallido intento de golpe de estado, que terminó en tragedia. ¿Cuándo va a haber alguien que haga una película sobre Stauffenberg, con un magnífico golpe que no falla porque no será necesario sellar las órdenes? ¿Una película en la que Hitler salga volando por los aires...?»

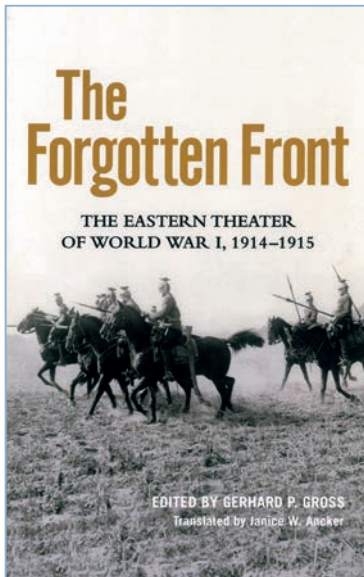
Tratándose de personajes históricos como Stauffenberg o Henning von Tresckow, tal narración utópica es impensable, porque tienen un peso que exige fidelidad a los hechos históricos. Pero quizá sería posible hacer una película que no solo comience antes del 20 de julio, sino que también cuente los hechos más allá de la noche del atentado, y que incluya las persecuciones y la lucha de los familiares y supervivientes por su rehabilitación después de 1945. Tarea que, aunque exceda las posibilidades del largometraje, tiene potencial para una serie televisiva de producción profesional.

Jan Kindler



picture alliance/Mary Evans Picture Library

◀ La película «Valquiria», con un elenco conformado por actores famosos como Tom Cruise en el papel de Stauffenberg, provocó muchas discusiones.



The Forgotten Front

The Eastern Theater of World War I, 1914–1915

Ed. by Gerhard P. Groß.

Translated by Janice W. Ancker,
The University Press of Kentucky
2018, 404 S., 80,00 \$ / 75,50 Euro,
ISBN 978-08131-7541-6

Karl-Heinz Frieser

El Mito de la Blitzkrieg

La Campaña de 1940 en el Oeste
Ediciones Platea

2015, N° de páginas: 576 págs.

Fotografías: 60 fotografías en B/N,
tablas y gráficos. Precio: 26 €

ISBN: 9788493886363



Podcast de la Guerra Franco-Prusiana 1870/71.

El 8° capítulo del podcast del ZMSBw se dedica a la Guerra Franco-Prusiana 1870/71, que desembocó en la creación del Imperio alemán.



Podcast de la Conferencia de Potsdam

El 7° capítulo del podcast trata de la Conferencia de Potsdam, que se celebró en 1945, al término de la guerra en Europa.

¿Integrar al Ex Enemigo?
Las FFAA alemanas durante el proceso de Reunificación en 1990 y en los años posteriores.

Seminario de video por Internet el 1 de octubre de 2020 del Centro de Historia Militar y Ciencias Sociales de las FFAA de la República Federal de Alemania y la Escuela Superior de Guerra Conjunta de las FFAA de la República Argentina

<https://www.youtube.com/watch?v=pwAL-Yb11Fo&feature=youtu.be>



Encontrará la nueva serie de podcasts del ZMSBw en nuestra página web: www.zmsbw.de/html/aktuelles/liste